

Pere ANGUERA, *Els precedents del catalanisme. Catalanitat i anti-centralisme: 1808-1868*, Barcelona, Empúires, 2000, 362 pp.

El último trabajo de Pere Anguera constituye un eslabón más del esfuerzo sistemático que el autor está llevando a cabo en los últimos años a fin de documentar la protohistoria del nacionalismo catalán. O, para decirlo con sus propias palabras, para esclarecer de dónde proviene el catalanismo político y en qué momento surge entre los catalanes la conciencia de formar parte de una comunidad moderna con rasgos diferenciados dentro de España. Asimismo, se trata de una obra que quiere incidir en un par de debates que la historiografía ha sostenido, en los años noventa, al tratar de estas problemáticas: el de la supuesta débil acción nacionalizadora del Estado, por un lado, y el de los orígenes sociales y la orientación ideológica del nacionalismo catalán, por otro.

El libro se abre, en esta ocasión, con un capítulo introductorio que, anticipando al lector lo que encontrará en el interior de la obra, afirma la existencia de un proceso que se prolongaría entre 1808 y 1868 y que se caracterizaría por la codificación de una memoria histórica particular, distintiva. Esa rememoración, que enfatizaría los rasgos democráticos de la vida catalana en el pasado, tendría como fermentos las solidaridades intraespañolas propias de los años de la guerra contra el ocupante francés, así como el cúmulo de conflictos que presidieron la construcción del Estado liberal y, según Anguera, el conjunto de humillaciones que los representantes de ese Estado habrían inferido a la comunidad catalana, sus símbolos, su lengua, sus valores. Una comunidad que se sabía diferente y que notaría cómo los otros los percibían como tales. De hecho, Anguera empieza a construir su discurso en el tránsito del siglo XVIII al XIX, revisando la mirada que de los ca-

talanes tenían los forasteros, los viajeros procedentes del extranjero o del resto de España. Quedan pocas dudas sobre el hecho de que al hablar de catalanes, autores como Alexandre de Laborde o el Marqués de Miraflores, hacían referencia a un grupo humano perfectamente definible en sus contornos exteriores.

Se trataría pues de un ejercicio de memoria que no se construyó sobre la nada y que no se quedó en la mera evocación erudita sino que se insertó, a lo largo de la contemporaneidad, en las relaciones dialécticas entre Estado y sociedad durante los reinados de Fernando VII e Isabel II, en el contexto de las guerras civiles que enfrentaron a carlistas y liberales. Los sectores populares, por un lado, y las corrientes más avanzadas del liberalismo, por el otro, serían los protagonistas estelares de una lógica alzada sobre el rechazo a las exclusiones en el nuevo marco político liberal. Ni el carlismo, anclado en horizontes culturales propios del Antiguo Régimen, ni la burguesía conservadora, vacilante ante la pujanza de los frentes que la modernidad le abría en Barcelona y su *hinterland* industrial, ni siquiera el mundo eclesiástico, escasamente cómodo con los rasgos laicos y protodemocráticos que presentaría una catalanidad surgida del rechazo al centralismo, cooperarían de manera significativa en la tarea. En definitiva, nada de doble germinación —burguesa y popular, carlista y republicana—, y en cambio mucho de limitaciones estatales en la tarea de nacionalización española de la sociedad catalana. La tesis es fuerte, y se sostiene sobre un amplio despliegue de erudición.

Es éste, sin duda, uno de los méritos de *Els precedents del catalanisme*. El segundo, a mi entender, radica en haber presentado la emergencia de la nueva sentimentalidad catalana como una deriva, como una trayectoria que llevaría de la conciencia más o menos vertebrada de formar parte de una comunidad de pertenencia a la construcción de un movimiento que pasa a reclamar, para esa comunidad, la categoría de sujeto de soberanía política. Una deriva en la que los materiales de la memoria fueron objeto de una decantación que comportaba la progresiva ocultación de parte de esos recuerdos, y la potenciación de otros. Así, en 1814, los privilegios de los catalanes, su relación contractual con la Monarquía, su supuesta libertad interior, formaban parte de un todo, junto a don Pelayo, Íñigo Arista o los Comuneros. En las décadas siguientes las contradicciones inherentes a la configuración del Estado liberal llevarán a las élites intelectuales catalanas a conformar una lectura de la historia que ponía el énfasis en los episodios de resistencia a las tentativas absolutistas de la monarquía dirigidas específicamente contra los catalanes. El pasado de España estaba marcado por el pérfido empeño de los monarcas españoles, desde el Compromiso de Caspe en adelante, por anular las libertades y privilegios de los catalanes. Es curioso constatar como esta lectura del pasado, debida a plumas liberales, moderadas unas, inequívocamente progresistas otras, acabará por dar argumentos, y explicar la larga y potente vida del republicanismo federal en Cataluña así como el posterior éxito del nacionalismo de masas, ya en el siglo xx. En la selección de los materiales, y en su imbricación con una memoria compartida con el resto de los pueblos de España, se encontrará el punto de inflexión entre una y otra cultura política.

¿Presenta fisuras la tesis de Anguera? ¿Se sostiene sin problemas? Diría que sí en sus rasgos generales, pero, como siempre, surgen algunas dudas. La identificación que los espectadores hacen de los catalanes como una colectividad diferenciada, siendo perfectamente plausible, no invalidaría la hipótesis de que otros observadores, o incluso esos mismos, pudiesen definir a los españoles como un grupo compuesto, en proporción variable, por subgrupos de gallegos y catalanes, asturianos y castellanos, vascos y andaluces... todos ellos tan espléndidamente circunscritos a los ojos de sus coetáneos como el conjunto amplio que los englobaba. Para remarcar las semejanzas de los catalanes, su carácter de grupo diferenciable, y junto a las peculiaridades lingüísticas, aparecen desde los rasgos relacionales hasta los gastronómicos, e incluso los caracteriológicos. Impulso interior y aceptación de la mirada de los otros contribuyeron a codificar y a conceder relevancia a estos estereotipos regionales. Porque, en el fondo, de esto es de lo que nos habla Anguera, incluso cuando resulta que estos catalanes muestran un grado tal de fiereza y orgullo en la defensa de sus rasgos comunes que puede ser presentada como afán de independencia, o de republicanismo, o de amor por el caos, o de anarquía.

La presencia del Estado, algo ajeno por lo que parece, no es precisamente fuerte. Como mínimo en términos de control. ¿Ello comporta una débil nacionalización? Si nos situamos en los años finales del siglo XIX podríamos evocar múltiples testimonios de catalanes, gallegos, vascos, castellanos o andaluces que permitirían sostener la opinión de que, en la mayor parte de los casos, los españoles poseían una elaboración más sofisticada y asentada, aunque no exenta de complejidades, de su condición nacional española. Una condición afirmada, de hecho, a lo largo de siglos. Al margen del grado de eficacia nacionalizadora del Estado liberal, y por poner un ejemplo, los emigrantes que se embarcaron hacia el Río de la Plata en los decenios interseculares, se sabían, todos ellos, españoles.

Siguiendo el juego propuesto por el diseño de la portada, podría decirse que el libro reconstruye el impulso ascendente de una barretina que asoma a través de un negro agujero, sin poder percibir, no obstante, los rasgos faciales del individuo que la lleva calada. La ruta propuesta por Anguera se detendría, precisamente, con anterioridad al momento en el cual los catalanes subieron ese último peldaño. ¿Es legítimo buscar en el primer y segundo tercio del siglo XIX las raíces culturales del catalanismo? El mismo Anguera se lo pregunta. Aunque no resulte un argumento suficiente acreditar que los iniciadores de la politización contemporánea del sentimiento catalán, es decir los nacionalistas del cambio de siglo, eran conscientes de estos precedentes, y los exhibían. Todo nacionalismo, y cabría decir que toda cultura política contemporánea que aspire a movilizar amplios colectivos sociales, tiende a legitimarse presentándose como el último eslabón de una larga cadena. ¿Resuelve la amplia erudición, la exhaustividad y la ágil pluma de Anguera ésta y las anteriores reticencias? Ciertamente, lo que sí hacen es mover al autor de esta nota a invitar a los lectores a resolver la cuestión por sí mismos.

Jordi CASSASAS (ed.), *Els intel·lectuals i el poder a Catalunya. Materials per a un assaig d'història cultural del món català contemporani (1808-1975)*, Barcelona, Pòrtic, 1999.

En el seno del *Grup d'Estudis d'Història de la Cultura y de los Intelectuales* de la Universidad de Barcelona, trece historiadores, coordinados por el profesor Jordi Casassas, han emprendido una vasta investigación cuya primera parte ahora aparece, y que ha de continuar con una nueva fase, en la que «el centro de atención de la investigación colectiva —dice el coordinador en la introducción— se orientará hacia el análisis de los contenidos, de las interrelaciones de fondo y la inclusión del caso catalán en la dinámica de la Europa occidental» (p. 30). Lo que de momento ofrece el presente volumen es sólo, como indica suficientemente el subtítulo, «materiales para un ensayo de historia cultural del mundo catalán contemporáneo». En la introducción, cuatro apartados definen, sucesivamente, el primero el objeto del trabajo como historia cultural, que se ciñe al estudio de la aportación de los intelectuales a la construcción del mundo contemporáneo; el segundo la expresa limitación al «caso catalán»; el tercero la noción de «intelectual profesional», como objeto principal de estudio; y el cuarto las características metodológicas y literarias de la obra.

Si, como es bien sabido, el nacionalismo catalán descansa sobre una base eminentemente cultural, se comprende que la recíproca relación entre intelectuales y políticos sea materia capital para entender el pasado y el presente, por no hablar del futuro, de Cataluña. Como dice la citada introducción, «en Cataluña existe un cierto consenso sobre el peso enorme que tienen los intelectuales y sobre su protagonismo en la fabricación de la imagen que tenemos de la misma Cataluña: una imagen que siempre reivindicamos en estrecha relación con las grandes polémicas continentales y mundiales. La aparición, sobre todo en el siglo XX, de una cultura de resistencia ante la agresión explícita (dictatorial y represiva) del Estado central ha convertido a los elaboradores locales de cultura en una especie de héroes nacionales con un prestigio entre los sectores populares cuando menos aparente o notable. La importancia del elemento tradicional en la elaboración, la distribución y el consumo de cultura ha sido un rasgo que ha resultado constitutivo de la particularidad cultural catalana» (pp. 25-26).

En función del objetivo propuesto, los autores han tenido que combinar tres elementos: primero, la consideración de los ritmos cronológicos, determinados por la dinámica política e institucional general y por la misma elaboración cultural; segundo, los factores que determinan la actividad cultural, desde la agrupación y ejercicio profesional hasta las principales manifestaciones y actuaciones en el campo político; y, tercero, la atención a la misma producción cultural: corrientes que genera, polémicas que abre, consideración de las modas y las exclusiones, etc.

Por lo que se refiere a la periodización, si bien las fechas límite (1808 y 1975) quedan fuera de discusión, en las divisiones y subdivisiones hay mayor margen de subjetivismo, pero las creemos acertadas y pedagógicas. Los autores agrupan

sus aportaciones en cuatro grandes capítulos. El primero abarca desde principios del s. XIX hasta 1860, unos años considerados «de transición y de constitución sectorial», que incluyen la recepción política y cultural del liberalismo, a pesar del conflicto carlista. El segundo, de 1860 a 1914, se etiqueta como «la aparición del mundo contemporáneo», y en él se trata del fenómeno político-cultural más característico de la Cataluña contemporánea: la *Renaixença*, así como del regeneracionismo. El tercero, de 1914 a 1939, se desarrolla «bajo el signo del conflicto y de la masificación» y va de la guerra europea a la guerra civil española. El cuarto, finalmente, de 1939 a 1975, tiene por objeto a «los intelectuales catalanes durante la dictadura franquista» y recoge toda la galaxia de actividades y manifestaciones que se pueden agrupar en torno a la llamada «resistencia cultural», en la que se revela un talante nacionalista no por pacífico menos valiente, arriesgado y, sobre todo a la larga, eficaz.

La mera enumeración de los numerosísimos temas concretos tocados en estos cuatro capítulos, cada uno de los cuales ha sido objeto de una breve pero densa monografía, desbordaría con creces los límites razonables de nuestra reseña. Digamos tan sólo que un cuidado índice alfabético, a la vez onomástico y de títulos de libros y otros escritos, facilitará la búsqueda a quienes sin duda tendrán que recurrir a esta obra en busca de una primera información. En este sentido, la obra ha sido calificada peyorativamente por algún crítico de «enciclopedia». Ciertamente que, sin la inteligente periodización más arriba recordada, la masa ingente de información reunida en este volumen no hubiera sido más que un colosal cajón de sastre, pero tal como todo este material ha quedado estructurado y organizado, además de la consulta puntual, la obra invita a una lectura seguida, porque los personajes, instituciones, movimientos y otros acontecimientos que se incluyen en cada período o subperíodo permiten una aproximación concreta a la realidad histórica y a su evolución. La interpretación de todo este material, a la que, como hemos dicho antes, dedicará el equipo investigador ulteriores esfuerzos, puede ya intentarla el lector desde ahora, con este volumen en la mano.

Hilari Ragner

José Luis de la GRANJA SAINZ, *El nacionalismo vasco 1876-1975*, Madrid, Arco/Libros, 2000, 95 pp.

En un mundo en que el flujo de información que nos llega resulta siempre muy superior a lo que somos capaces de asimilar, las publicaciones que resumen en unas decenas de páginas un tema importante resultan de una grandísima utilidad, siempre que su autor tenga la capacidad de síntesis y la claridad expositiva necesarias. Se trata de una labor importante, a la que los especialistas no suelen dedicar la atención que merece. Por ello hay que felicitar a que el profesor Granja, destacado estudioso del tema, nos brinde un pequeño libro que podemos

sus aportaciones en cuatro grandes capítulos. El primero abarca desde principios del s. XIX hasta 1860, unos años considerados «de transición y de constitución sectorial», que incluyen la recepción política y cultural del liberalismo, a pesar del conflicto carlista. El segundo, de 1860 a 1914, se etiqueta como «la aparición del mundo contemporáneo», y en él se trata del fenómeno político-cultural más característico de la Cataluña contemporánea: la *Renaixença*, así como del regeneracionismo. El tercero, de 1914 a 1939, se desarrolla «bajo el signo del conflicto y de la masificación» y va de la guerra europea a la guerra civil española. El cuarto, finalmente, de 1939 a 1975, tiene por objeto a «los intelectuales catalanes durante la dictadura franquista» y recoge toda la galaxia de actividades y manifestaciones que se pueden agrupar en torno a la llamada «resistencia cultural», en la que se revela un talante nacionalista no por pacífico menos valiente, arriesgado y, sobre todo a la larga, eficaz.

La mera enumeración de los numerosísimos temas concretos tocados en estos cuatro capítulos, cada uno de los cuales ha sido objeto de una breve pero densa monografía, desbordaría con creces los límites razonables de nuestra reseña. Digamos tan sólo que un cuidado índice alfabético, a la vez onomástico y de títulos de libros y otros escritos, facilitará la búsqueda a quienes sin duda tendrán que recurrir a esta obra en busca de una primera información. En este sentido, la obra ha sido calificada peyorativamente por algún crítico de «enciclopedia». Ciertamente que, sin la inteligente periodización más arriba recordada, la masa ingente de información reunida en este volumen no hubiera sido más que un colosal cajón de sastre, pero tal como todo este material ha quedado estructurado y organizado, además de la consulta puntual, la obra invita a una lectura seguida, porque los personajes, instituciones, movimientos y otros acontecimientos que se incluyen en cada período o subperíodo permiten una aproximación concreta a la realidad histórica y a su evolución. La interpretación de todo este material, a la que, como hemos dicho antes, dedicará el equipo investigador ulteriores esfuerzos, puede ya intentarla el lector desde ahora, con este volumen en la mano.

Hilari Ragner

José Luis de la GRANJA SAINZ, *El nacionalismo vasco 1876-1975*, Madrid, Arco/Libros, 2000, 95 pp.

En un mundo en que el flujo de información que nos llega resulta siempre muy superior a lo que somos capaces de asimilar, las publicaciones que resumen en unas decenas de páginas un tema importante resultan de una grandísima utilidad, siempre que su autor tenga la capacidad de síntesis y la claridad expositiva necesarias. Se trata de una labor importante, a la que los especialistas no suelen dedicar la atención que merece. Por ello hay que felicitar a que el profesor Granja, destacado estudioso del tema, nos brinde un pequeño libro que podemos

recomendar a nuestros alumnos o a cualquier persona interesada en aproximarse a la historia del nacionalismo vasco, desde sus orígenes hasta el final de la dictadura de Franco. En muy pocas páginas tenemos aquí lo esencial.

Un rasgo esencial de este libro es el tono objetivo en el que está escrito. No estamos ante una apología del nacionalismo vasco, ni ante una diatriba contra el mismo, sino ante un texto que recoge los datos fundamentales sobre la trayectoria ideológica y organizativa de esa corriente política, centrándose, como no podía ser de otra manera, en la historia del PNV. Un interesante apéndice recoge además los textos programáticos fundamentales del nacionalismo, desde la primera formulación de Arana en 1894 hasta la declaración de principios de ETA de 1962.

Granja comienza por definir el contexto histórico en que surgió el nacionalismo, un contexto marcado por una literatura romántica que proporcionó una interpretación legendaria del pasado vasco, por el impacto de las guerras carlistas y la abolición de los fueros, y por las transformaciones sociales que acompañaron a la industrialización, incluida la llegada de trabajadores inmigrantes. Aborda a continuación la obra del fundador, Sabino Arana, que se caracterizó por una concepción esencialista de la nación vasca, basada en la raza y la religión, por el antiespañolismo (con los inmigrantes como principal objeto de rechazo) y por el integrismo católico (concebía la independencia como un medio para mantener la genuina catolicidad vasca). Subraya además Granja que la llamada «evolución española» de los últimos años de Arana tenía un carácter puramente pragmático, que no anulaba la aspiración independentista más profunda.

El aranismo dio al PNV su fundamento ideológico, pero Granja menciona también la importancia del sector más pragmático procedente de la Sociedad Euzkalerria. La fórmula de compromiso entre el independentismo básico y el pragmatismo legalista se produjo en 1906, con la fórmula programática de la «restauración completa en Araba, Gipuzkoa, Nabarra, Bizcaya, Laburdi y Zuberoa, de sus antiguas leyes fundamentales», fórmula que, en el caso de los territorios españoles, significaba la vuelta a la situación anterior a 1839, que en la mitología nacionalista se entendía como una situación de plena soberanía. De ahí la permanente ambigüedad del PNV, que en adelante combinaría el independentismo teórico con una acción política encaminada hacia la autonomía.

La autonomía se lograría en la II República, un sistema político en el que el PNV se fue integrando gradualmente, al tiempo que evolucionaba desde el antiliberalismo integrista de sus orígenes hacia posiciones cristiodemócratas, como muchos otros partidos católicos europeos, sin abandonar por ello el núcleo fundamental de la doctrina aranista. De ahí se llegó a la opción por la República en la guerra civil y a la incorporación de Irujo al gobierno español de Largo Caballero.

En la larga etapa de la dictadura, el PNV se guió doctrinalmente por los principios expresados en su manifiesto de 1949, es decir el derecho del pueblo vasco a decidir por sí mismo su status político, la colaboración con las fuerzas democráticas españolas, la definición cristiana y democrática, y la opción por la unión europea. Y en los últimos años de la dictadura se produjo la gran ruptura: la

irrupción de ETA, que asumió inicialmente buena parte de los dogmas de Arana (aunque substituyó el desacreditado concepto de raza por el de etnia) y que optó por el terrorismo, un instrumento ajeno a toda la tradición anterior del nacionalismo vasco.

Juan Avilés Farré

Carmen GONZÁLEZ MARTÍNEZ, *Guerra Civil en Murcia. Un análisis sobre el poder y los comportamientos colectivos* (Prólogo de M.^a Encarna Nicolás Marín), Murcia, Universidad, 1999, 333 pp.

Entre las monografías regionales que están permitiendo, en los últimos años, una renovación en las interpretaciones de la guerra civil española se encuentra ésta de la profesora de la Universidad de Murcia Carmen González Martínez. Frente a estudios sobre la República y la guerra como objetos de análisis autónomos, en la primera parte de esta obra se realiza un análisis de la experiencia republicana en Murcia en el periodo anterior a la guerra, que resulta también un excelente estado de la cuestión en el ámbito nacional en todos los aspectos: estructura y coyuntura económicas, organizaciones obreras y patronales y sus relaciones con el poder político, partidos políticos y elecciones, gestión de diputaciones y ayuntamientos, conflictos sociales... Se resaltan los aspectos reformistas y modernizadores del régimen republicano. Como dice la autora, «la historiografía sobre la II República ha estado comúnmente presidida por el binomio República-Monarquía (...), mientras que la polémica, en la época, retornaba al de modernización-retraso» (p. 31).

Se parte correctamente de considerar que los fenómenos colectivos de violencia y represión «remiten en realidad al complejo sistema de relaciones sociales en los que se generan» (p. XXVI). Si no se atiende a la República como un intento modernizador y democrático, que produjo grandes conflictos de intereses entre los grupos o clases sociales, se llega a hablar, muchas veces interesadamente, del «fracaso de la República». Análisis reduccionistas que tienen como resultado «la desligazón de origen del régimen franquista (...) del propio proceso de guerra civil del que surgió» (p. 55). Como dijo S. Juliá, «la guerra civil no se origina en ese presunto fracaso de la República, sino en el fracaso de un golpe de Estado cuya finalidad consistía en hacer fracasar algunas vías abiertas por la República para construir un nuevo marco de relaciones sociales y políticas en España» (JULIÁ, S., «El fracaso de la República», *Revista de Occidente*, Madrid, Fundación Ortega y Gasset, n.º 7-8, noviembre 1981, pp. 196-211, p. 200).

La autora reconstruye, en un buen esfuerzo de síntesis, la complejidad de la vida bajo la guerra civil en una zona de retaguardia, como la murciana, que fue de las pocas regiones que se mantuvo fiel a la República durante toda la guerra, utilizando fuentes diversas, desde la Causa General de Murcia, la sección guerra civil del Archivo Histórico Nacional (hoy ya Archivo General de la Guerra Civil Espa-

otros estudios regionales, se niegan también tesis recientes que defienden un carácter similar de los organismos «judiciales» que perseguían a los adversarios en ambos bandos en guerra o que los TP fuesen incapaces de controlar el terror (p. 219) y a lo largo del libro se ponen numerosos ejemplos que diferencian la violencia y la aplicación de la justicia en el sector republicano de la desarrollada en el bando franquista.

También se analizan, aunque algo más brevemente, otras instancias judiciales como los Jurados de urgencia para juzgar a los desafectos, los Tribunales de subsistencias y precios indebidos y los Tribunales Especiales de Guardia, creados en 1938, a los que pasarían las funciones de los segundos. Se comprueba que la grave crisis de subsistencias existente a los dos años de guerra, hizo que los delitos que afectaban al abastecimiento adquirieran para la justicia republicana mayor importancia que otros (p. 252). Se tratan, además, los establecimientos de condena: cárceles y campos de trabajo o de concentración y la normativa que los regulaba, constatándose, a través de la misma Causa General, el trato «humanitario y bueno» dado a los detenidos, salvo en casos aislados (pp. 258-259).

Por tanto, aunque se destaque este libro por cubrir un vacío en la historia regional de Murcia —y este carácter específicamente regional, quizá explique el excesivo detalle con que se recogen las fuentes—, también es importante en la renovación de las visiones que equiparan los fenómenos violentos fuera de los frentes de combate en ambos bandos —baste ver el uso que se hace de la tesis doctoral de la autora, en que se basa esta obra, en la compilación más reciente sobre estos temas realizada en JULIÁ, S. (Coord.), *Víctimas de la guerra civil*, Madrid, Temas de Hoy, 1999— y muestra el interés de estudios locales que analicen todos los aspectos de la sociedad republicana durante la guerra civil en su interrelación y complejidad, abriendo el análisis a temas también importantes y más abandonados, como la política de refugiados o de abastecimiento.

Sandra Souto Kustrín

Juana MARTÍNEZ MERCADER, *Las relaciones de España con Suiza en el siglo XIX*, Murcia, Servicio de Publicaciones de la Universidad, 2000.

Está basado este libro en una tesis doctoral, dirigida por Juan Bautista Vilar Ramírez, que fue leída en junio de 1996 en la Universidad de Murcia. La autora ya publicó en 1998, a partir de los materiales reunidos en su investigación, otra obra, *Suiza en la Europa de los nacionalismos (1840-1874)*, donde estudiaba la percepción, desde aquella atalaya centroeuropea, de los acontecimientos que tenían lugar en el corazón del viejo continente y sobre todo los procesos unificadores de Italia y Alemania.

Reconoce en el prólogo Juan Bautista Vilar que «las relaciones internacionales de la España contemporánea continúan siendo un campo temático insuficientemente estudiado y, en consecuencia, poco conocido». Esta afirmación resulta una

otros estudios regionales, se niegan también tesis recientes que defienden un carácter similar de los organismos «judiciales» que perseguían a los adversarios en ambos bandos en guerra o que los TP fuesen incapaces de controlar el terror (p. 219) y a lo largo del libro se ponen numerosos ejemplos que diferencian la violencia y la aplicación de la justicia en el sector republicano de la desarrollada en el bando franquista.

También se analizan, aunque algo más brevemente, otras instancias judiciales como los Jurados de urgencia para juzgar a los desafectos, los Tribunales de subsistencias y precios indebidos y los Tribunales Especiales de Guardia, creados en 1938, a los que pasarían las funciones de los segundos. Se comprueba que la grave crisis de subsistencias existente a los dos años de guerra, hizo que los delitos que afectaban al abastecimiento adquirieran para la justicia republicana mayor importancia que otros (p. 252). Se tratan, además, los establecimientos de condena: cárceles y campos de trabajo o de concentración y la normativa que los regulaba, constatándose, a través de la misma Causa General, el trato «humanitario y bueno» dado a los detenidos, salvo en casos aislados (pp. 258-259).

Por tanto, aunque se destaque este libro por cubrir un vacío en la historia regional de Murcia —y este carácter específicamente regional, quizá explique el excesivo detalle con que se recogen las fuentes—, también es importante en la renovación de las visiones que equiparan los fenómenos violentos fuera de los frentes de combate en ambos bandos —baste ver el uso que se hace de la tesis doctoral de la autora, en que se basa esta obra, en la compilación más reciente sobre estos temas realizada en JULIÁ, S. (Coord.), *Víctimas de la guerra civil*, Madrid, Temas de Hoy, 1999— y muestra el interés de estudios locales que analicen todos los aspectos de la sociedad republicana durante la guerra civil en su interrelación y complejidad, abriendo el análisis a temas también importantes y más abandonados, como la política de refugiados o de abastecimiento.

Sandra Souto Kustrín

Juana MARTÍNEZ MERCADER, *Las relaciones de España con Suiza en el siglo XIX*, Murcia, Servicio de Publicaciones de la Universidad, 2000.

Está basado este libro en una tesis doctoral, dirigida por Juan Bautista Vilar Ramírez, que fue leída en junio de 1996 en la Universidad de Murcia. La autora ya publicó en 1998, a partir de los materiales reunidos en su investigación, otra obra, *Suiza en la Europa de los nacionalismos (1840-1874)*, donde estudiaba la percepción, desde aquella atalaya centroeuropea, de los acontecimientos que tenían lugar en el corazón del viejo continente y sobre todo los procesos unificados de Italia y Alemania.

Reconoce en el prólogo Juan Bautista Vilar que «las relaciones internacionales de la España contemporánea continúan siendo un campo temático insuficientemente estudiado y, en consecuencia, poco conocido». Esta afirmación resulta una

indudable realidad en lo que se refiere al siglo XIX, porque sobre el XX, especialmente sobre la Guerra Civil y el Franquismo, se han realizado en los últimos años una amplia nómina de trabajos, tanto individuales como colectivos. En ellos las relaciones internacionales aparecen como una proyección más del esfuerzo analítico global de aquellas especiales coyunturas políticas. En este sentido hay que destacar las recientes aportaciones de diferentes autores (Rafael Calduch, Ángel Viñas, Javier Tusell, Juan Avilés, Enrique Moradiellos, Manuel Espadas, etc.).

Esta escasa incidencia de los estudios en España sobre relaciones internacionales en sentido estricto no es casual, encuentra una doble explicación. Por un lado en el paradigma historiográfico dominante hasta la penúltima década del siglo XX, por otro en el despliegue del Estado de las Autonomías. La hegemonía del materialismo histórico, en un buen número de casos precariamente asimilado, pero en aquellos años verdadero pensamiento único historiográfico, hizo que los estudios de política en general y, sobre todo, de las relaciones internacionales, fuesen puestos en cuarentena, por sus concomitancias con la denostada historia tradicional. Por otro lado, la articulación, a partir de 1975, del Estado de las Autonomías hizo que el interés investigador se centrara en lo próximo. Este hecho se vio favorecido por la generalización de las universidades provinciales.

La conjunción de ambos factores determinó el que las prioridades se concediesen a los estudios socioeconómicos de carácter local. En este contexto académico, pocas eran las motivaciones ideológicas, muy fuertes tradicionalmente en el ámbito de los historiadores, o los incentivos económicos, necesarios para financiar estudios y publicaciones, que impulsaban a centrar el esfuerzo en la realización de trabajos sobre las relaciones internacionales. Primaron, pues, los análisis de cobertura local a la búsqueda de supuestas o reales identidades colectivas. Esta atención prioritaria a los temas del entorno próximo hizo que incluso los trabajos de cobertura nacional resultaran poco oportunos.

Por ello son, desde luego, de agradecer esfuerzos como los del profesor Vilar desde la Universidad de Murcia, que no sólo organiza encuentros y edita publicaciones (*Las relaciones internacionales en la España contemporánea*, 1989), sino que también anima a sus alumnos a investigar en estos asuntos. Es una meritoria tarea que se une a la de aquellos otros que en estos tiempos navegan a contracorriente de modas, únicamente guiados por el interés histórico de la investigación. Porque no se trata ya de la influencia de un periclitado materialismo histórico, sino del dominio asfixiante de un exacerbado localismo esencialista.

A pesar de tan adversas circunstancias, el cultivo de esta parcela de la Historia ha contado en España, además de las citadas, con otras notables individualidades. Desde el punto de vista del análisis histórico es de justicia resaltar la aportación de José María Jover, que ha reeditado, en *España en la política internacional. Siglos XVIII-XX* (1999), actualizándolos, algunos de sus veteranos trabajos, casi todos sobre el siglo XX, y sus discípulos. No se puede dejar de lado la obra de Juan Carlos Pereira, que, además de otras publicaciones anteriores, ha coordinado recientemente una *Historia de las relaciones internacionales contemporáneas* (1996). A todos estos nombres y a algunos más que por la brevedad de estas páginas no podemos citar, se une ahora el de Juana Martínez Mercader.

Su obra viene a llenar un notable vacío, porque la carencia de trabajos sobre el XIX es mayor en lo referente a los pequeños estados, con escaso poder decisorio. Aunque sobre el país helvético contamos con otra obra reciente, está centrada en aspectos fundamentalmente económicos y con distinta perspectiva temporal, la de B. Sánchez Fernández, *Proteccionismo y liberalismo. Las relaciones comerciales entre Suiza y España, 1869-1935* (1996). Es comprensible que se haya considerado prioritario analizar las relaciones con las grandes potencias. Pero el trabajo de Juana Martínez forma parte de un proyecto de su director de salir de esta situación, analizando las relaciones con los pequeños estados de la Europa de la época. Se nos muestra a una España potencia secundaria, de escasa vocación europea, con importantes territorios todavía en América (Cuba y Puerto Rico) y Oceanía (Filipinas, Carolinas, Marianas, Palao), preocupada, sobre todo, por Cuba.

Analiza en su libro cuatro décadas de relaciones (1834-1874) entre los dos países, relaciones consolidadas a partir de aquella primera fecha con el triunfo del liberalismo en España. El límite del estudio está fijado por experiencias políticas peculiares de uno y otro país. En el caso español se trata de una coyuntura histórica especialmente interesante, la que marca el surgimiento y consolidación de un modelo liberal. No menos importantes fueron las circunstancias que vivió Suiza, la crisis que condujo a la nueva reorganización estatal concretada en la Constitución de 1848. Educados la mayoría de los historiadores actuales en los clásicos trabajos de Renouvin, la historia de las relaciones internacionales ha estado tradicionalmente muy centrada en los aspectos diplomáticos y resultaba de escaso contenido. No es el caso que nos ocupa.

El núcleo central de la obra se centra en investigar la percepción de la agitada realidad española desde Suiza, con un pequeño pero interesante apéndice sobre la presencia en el país helvético de la inmigración política española, constituida sobre todo por carlistas, que encontró refugio en aquel país. En suma, además de las relaciones institucionales entre ambos países, se ofrecen percepciones de la realidad española desde el lado suizo y del país helvético desde España. Se trata de un aspecto de especial interés, dada la agitada vida política del período en ambos países. Son analizadas las reacciones suizas ante las cambiantes situaciones políticas españolas, como el ascenso y caída de Espartero como regente, figura bien vista en Suiza, el reconocimiento de Isabel II, la cuestión de los matrimonios reales y, sobre todo, la crisis de la monarquía isabelina como consecuencia de la Revolución de septiembre de 1868. En este sentido conviene recordar que la experiencia democrática española contó en Suiza con uno de los escasos y más fieles apoyos.

Hay también en esta obra Historia de la diplomacia, entendida en su acepción moderna, como la que se interesa por los negociadores, su identidad y atribuciones y su propia proyección pública. Es, en definitiva, una aproximación a la historia social de los diplomáticos. Destacan los nombres de dos de esos personajes, Mariano Carnerero y Francisco de Estrada, a los que se presta especial atención. Si a ello unimos el estudio de los exiliados españoles y el de la colonia suiza en España, resulta que el trabajo es mucho más que Historia de las relaciones diplomáticas, se incardina dentro de la Historia social.

Por lo demás, el estudio está sólidamente documentado mediante el recurso a fuentes directas en diversos idiomas, lo que avala y reafirma el notable esfuerzo investigador de la autora. De esta forma, el libro que comentamos resulta una obra de resonancias clásicas en lo que se refiere al uso de fuentes, la correspondencia diplomática. La autora ha manejado extensamente un importante acervo documental, tanto español como suizo. Además de los fondos del Ministerio de Asuntos Exteriores de Madrid, ha trabajado en el *Archive Federal* de Berna, que contiene los papeles procedentes del Consulado General en Madrid y de los Barcelona y Sevilla. Como complemento, para conocer la postura ante la situación política española, se ha recurrido a la prensa suiza de la época.

Fernando Sánchez Marroyo

Enrique MORADIELLOS, *La España de Franco (1939-1975). Política y Sociedad*, Madrid, Síntesis, 2000, 319 pp.

No tengo constancia de que el general superlativo haya respondido ante Dios de sus actos en la tierra, pero de lo que no hay duda es de que, sin prisa pero sin pausa, sigue respondiendo ante la Historia. Estará satisfecho de que su soberano deseo se haya cumplido a rajatabla sin que nadie en vida pudiera ponerle la menor traba a sus designios, pero quizás no lo esté tanto a juzgar por los resultados de la Historiografía, en el más que hipotético caso de que, allá en las Alturas, se le haya despertado el gusto por la lectura y le haya picado la curiosidad de saber cómo los historiadores le van situando ante la Historia. Si en su momento más plétórico dejó intonsa la *Contribución a la doctrina del caudillaje* (1942), que le ofreciera ingenuamente Francisco Javier Conde, uno de sus apologetas más hábiles, que revistió lo mejor que pudo el desmedido culto a la personalidad de que era objeto el caudillísimo con la habitual jerga académica con que se pretende dotar de altura intelectual el pensamiento más vacuo, qué no haría ahora ante estas profesoraes páginas de Moradiellos que ni le halagan ni le denigran, sino que se limitan a describir y analizar el conjunto de su actuación y de su obra política. Pero la realidad es que aunque el autor se someta a una estricta profesionalidad y eluda todo subjetivismo o apasionamiento (que en otro orden de cosas tanto se critica confundiendo muchas veces imparcialidad con objetividad), el resultado de su trabajo, aunque no haya conclusiones específicas, sitúa a su sumo protagonista al nivel real que le corresponde.

El profesor Enrique Moradiellos, destacado discípulo de Paul Preston y autor de valiosas investigaciones monográficas como, *Neutralidad benévola. El Gobierno británico y la insurrección militar española de 1936* (1990), *La perfidia de Albión. El Gobierno británico y la Guerra Civil española* (1996) o *La conferencia de Postdam de 1945 y el problema español* (1998), nos ofrece ahora una valiosa síntesis del Franquismo que constituye uno de los volúmenes de la ambiciosa «Historia de España. 3.^{er} Milenio» que, a la vista de los resultados, tan efi-

Por lo demás, el estudio está sólidamente documentado mediante el recurso a fuentes directas en diversos idiomas, lo que avala y reafirma el notable esfuerzo investigador de la autora. De esta forma, el libro que comentamos resulta una obra de resonancias clásicas en lo que se refiere al uso de fuentes, la correspondencia diplomática. La autora ha manejado extensamente un importante acervo documental, tanto español como suizo. Además de los fondos del Ministerio de Asuntos Exteriores de Madrid, ha trabajado en el *Archive Federal* de Berna, que contiene los papeles procedentes del Consulado General en Madrid y de los Barcelona y Sevilla. Como complemento, para conocer la postura ante la situación política española, se ha recurrido a la prensa suiza de la época.

Fernando Sánchez Marroyo

Enrique MORADIELLOS, *La España de Franco (1939-1975). Política y Sociedad*, Madrid, Síntesis, 2000, 319 pp.

No tengo constancia de que el general superlativo haya respondido ante Dios de sus actos en la tierra, pero de lo que no hay duda es de que, sin prisa pero sin pausa, sigue respondiendo ante la Historia. Estará satisfecho de que su soberano deseo se haya cumplido a rajatabla sin que nadie en vida pudiera ponerle la menor traba a sus designios, pero quizás no lo esté tanto a juzgar por los resultados de la Historiografía, en el más que hipotético caso de que, allá en las Alturas, se le haya despertado el gusto por la lectura y le haya picado la curiosidad de saber cómo los historiadores le van situando ante la Historia. Si en su momento más plétórico dejó intonsa la *Contribución a la doctrina del caudillaje* (1942), que le ofreciera ingenuamente Francisco Javier Conde, uno de sus apologetas más hábiles, que revistió lo mejor que pudo el desmedido culto a la personalidad de que era objeto el caudillísimo con la habitual jerga académica con que se pretende dotar de altura intelectual el pensamiento más vacuo, qué no haría ahora ante estas profesoras páginas de Moradiellos que ni le halagan ni le denigran, sino que se limitan a describir y analizar el conjunto de su actuación y de su obra política. Pero la realidad es que aunque el autor se someta a una estricta profesionalidad y eluda todo subjetivismo o apasionamiento (que en otro orden de cosas tanto se critica confundiendo muchas veces imparcialidad con objetividad), el resultado de su trabajo, aunque no haya conclusiones específicas, sitúa a su sumo protagonista al nivel real que le corresponde.

El profesor Enrique Moradiellos, destacado discípulo de Paul Preston y autor de valiosas investigaciones monográficas como, *Neutralidad benévola. El Gobierno británico y la insurrección militar española de 1936* (1990), *La perfidia de Albión. El Gobierno británico y la Guerra Civil española* (1996) o *La conferencia de Postdam de 1945 y el problema español* (1998), nos ofrece ahora una valiosa síntesis del Franquismo que constituye uno de los volúmenes de la ambiciosa «Historia de España. 3.^{er} Milenio» que, a la vista de los resultados, tan efi-

cazmente dirige la catedrática de la Universidad Complutense Elena Hernández Sandoica.

Recuerdo haberle oído decir reiteradas veces a Manuel Tuñón de Lara, maestro de tantos historiadores españoles, por más que, por esas «paradojas» del Franquismo, no pudiera vivir en España, investigar en sus archivos y enseñar a sus propios compatriotas en su propia patria hasta que se produjo el óbito del general superlativo que, el conocimiento histórico (siempre decía, con su maestro Pierre Vilar, que la Historia era una ciencia en permanente proceso de construcción), era como una vasija vacía que todo el conjunto de la comunidad de historiadores iba llenando pacientemente gota a gota con sus investigaciones monográficas y que, sólo cuando la vasija estaba a punto de rebosar, eran posibles o resultaban eficaces las grandes o pequeñas síntesis de conjunto. A continuación, empezaba de nuevo el lento y paciente esfuerzo de rellenar la vasija gota a gota. Difícilmente se puede ser un buen «divulgador» si previamente no se ha sido un buen «investigador». Pues bien, ese ha sido el camino que ha recorrido Moradiellos quien nos ofrece ahora una estupenda síntesis general del Franquismo si bien incidiendo, como es de rigor, en los aspectos políticos y sociales que considera esenciales de tan amplio período histórico.

Muy difícilmente podrá hacer una síntesis que trascienda el mero «refrito», tan abundante en el mundo académico e intelectual (por no hablar de «intertextualidad» y otras sinvergüenzadas que en España, a juzgar por lo visto, son más mérito que demérito), quien previamente no se haya sumergido en los correspondientes archivos y bibliotecas, nacionales y extranjeros, a la procura de fuentes y documentos de primera mano, quien no haya hecho investigaciones monográficas, quien nunca se haya cuestionado la historia «oficial» — siempre cuestionable por una cuestión de principio —, no esté al tanto del resultado de los trabajos de sus colegas y, en consecuencia, no se haya esforzado por arrojar nueva luz sobre el conocimiento histórico.

Moradiellos, que cumple holgadamente tales requisitos, lo ha hecho partiendo de una eficaz y solvente periodización de la época, periodización con la que coincidimos básicamente, frente a otras posibles de las que él parte y que son igualmente legítimas (Tusell, Tuñón de Lara, Preston, Payne y Fusi), y que resulta intelectualmente obligada para que el trabajo del historiador sea inteligible y el discurso propio responda a una lógica autónoma. Además, una pertinente parcelación cronológica de una etapa de nuestra historia tan dilatada en el tiempo, permite no malgastar tinta inútilmente atándose teóricamente a la ya un tanto recurrente como inútil conceptualización totalitarismo / autoritarismo para el Franquismo en su conjunto, debate que nos muestra el autor con toda profesionalidad. *Omnis definitio periculosa*. Todo lo que tiene historia no puede ser definido, pero sí explicado históricamente. Así, Moradiellos, sobre la base de las periodizaciones de los autores citados construye la suya propia y nos ofrece una clara visión general de «la España de Franco» [el énfasis es mío].

Tras una breve introducción explicativa del contenido de la obra, nos ofrece un análisis general del Franquismo (cap. 1.) como etapa histórica fundamental de la España contemporánea y los problemas analíticos que suscita. Se centra en su

conceptualización política pues, una etapa histórica cuya mayor singularidad sería la de su prolongada duración, su absoluta excepcionalidad, requiere inevitablemente una periodización precisa así como el análisis detallado del caudillismo que se forja durante la Guerra Civil.

A continuación se refiere a la configuración inicial del régimen franquista (cap.2.) cuyos cimientos fundamentales se fraguan durante la Guerra Civil (1936-1939), sin la cual nada se entendería (Franco sin la Guerra Civil no habría sido lo que llegó a ser). Es la coyuntura de la guerra la que permite a un jefe militar constituirse en caudillo político. Así se analiza el papel desempeñado por la Junta de Defensa Nacional de España y su rápida evolución de organismo militar colegiado a dictadura personal caudillista fascitizada, así como la represión que azota la retaguardia franquista y el papel legitimador tan eficazmente jugado por la Iglesia católica al transformar una dramática guerra civil en una «santa cruzada» embrionaria del naciente régimen. Termina el capítulo con las relaciones exteriores del naciente Nuevo Estado durante el conflicto.

En la siguiente etapa (cap. 3), filo-nazi (1939-1945), de «hegemonía del nacional-sindicalismo» según nuestro autor, se analiza el paso desde los deseos de incorporación a la política del eje por parte de Franco (mucho más explícitos que esa eufemística «no beligerancia» oficial) hasta su forzado giro, dado el sesgo favorable de la II Guerra Mundial para las potencias aliadas, hacia la neutralidad forzosa. Igualmente se aborda la frustrada construcción de un Estado totalitario a imagen y semejanza de sus aliados y el progresivo desplazamiento del proyecto falangista y el edulcoramiento del régimen bajo el palio eclesial. La posguerra, acertadamente calificada con el título de la famosa obra de Martín Santos («tiempo de silencio»), y de «hambre y miseria», así como el papel de la oposición política al franquismo «entre la impotencia y la esperanza», recibe su preciso tratamiento.

Prosigue (cap. 4.) con la «del predominio del nacional-catolicismo» (1945-1959) caracterizada por un inicial aislamiento y posterior reintegración internacional. El régimen queda aislado como consecuencia de la victoria de los aliados. Su connivencia con las potencias fascistas determina su forzado aislamiento del mundo libre pero, el inicio de la guerra fría, le permitirá a Franco la progresiva reincorporación al bloque occidental. La propaganda del régimen, en su esfuerzo por velar al máximo las veleidades fascistas del caudillo, le presentará como el primer vencedor del comunismo en los campos de batalla occidentales («El centinela de Occidente»). Moradiellos, nos describe la evolución institucional: «un caudillo de magistratura vitalicia para una monarquía católica y autoritaria». España se declarará oficialmente constituida en reino (1945) pero la designación del futuro monarca habría de retrasarse 24 años hasta la designación del príncipe Juan Carlos de Borbón (1969) como sucesor de Franco a título de rey. Reino, pues, sin rey coronado, pero con caudillo imperial y vitalicio, renovadamente exaltado a la espera del óbito nefando y la instauración del vicario príncipe. Concluye el capítulo con el análisis de la evolución de la sociedad española y el resurgir de la conflictividad a todos los niveles. La oposición atravesará una prolongada travesía del desierto para ir poco a poco reconstruyendo el tejido social destrozado por una feroz

represión. La crisis política de 1957, que señala el tímido intento aperturista desde el interior del régimen pero, sobre todo, el plan de estabilización de 1959, marca sin duda alguna, como resalta el autor, «el hito divisorio crucial» entre las dos fases más claramente delimitadas del Franquismo: el *retardatario* (el del «estancamiento socioeconómico, la rigidez política y el aislamiento internacional») y el *modernizador* («abocado al desarrollo social y económico, la flexibilización política y la apertura exterior»).

La etapa «autoritaria» (cap. 5.) —aquí ya sí, nunca antes, puede admitirse semejante terminología y con obligadas cautelas— del «desarrollismo tecnocrático» (1959-1969), es eficazmente descrita. Hay que tener en cuenta que, la famosa definición de *autoritarismo* de J.J. Linz que destapó la caja de los truenos, es de 1964 y, mucho más operativa desde el punto de vista de la Sociología que desde el de la Ciencia Política, etapa que se caracteriza por el despegue económico y el autoritarismo tecnocrático. En ella se analiza el impacto social del llamado «milagro económico español», y cómo la sociedad española va poco a poco evolucionando desde la apatía a la progresiva movilización política y social. Ante el rechazo a la integración política de España en el Mercado Común europeo la diplomacia franquista desplegará una febril actividad por conseguir superiores cotas de aceptación e integración internacional.

Finalmente (cap. 6.), se ocupa del «tardo-franquismo», expresión de Francisco Umbral —creo— de evidente fortuna (1969-1975) a juzgar por su uso generalizado por especialistas y profanos para referirse a los últimos años del Franquismo, a su crisis terminal. En dicha etapa fracasa definitivamente el continuismo inmovilista y se va configurando la alternativa reformista. Franco ante su evidente decadencia física nombrará a su hombre de confianza, el Almirante Carrero Blanco, Jefe del Gobierno efectivo reservándose él la Jefatura del Estado pues, aunque en la sombra, ya venía ejerciendo de hecho las funciones propias del cargo desde hacía mucho tiempo. El progresivo agravamiento de la crisis del régimen puesto de manifiesto con el enfrentamiento entre «azules» y «tecnócratas» que mostró el famoso asunto Matesa, explotará con el asesinato por ETA («Operación Ogro») del cerebro gris del régimen. A partir de ese momento la oposición política a Franco iniciará su «larga marcha hacia la unidad» de acción que, de hecho, no alcanzaría hasta la desaparición física del dictador. El «desahucio internacional del régimen de Franco» se hará cada día más patente alentando las esperanzas políticas de los demócratas españoles.

A modo de epílogo (cap. 7.) se incluye una breve referencia del proceso de transición de la dictadura franquista a la monarquía parlamentaria muy bien explicada. Si ya a lo largo de su estudio Moradiellos había ido demostrando su gran facilidad para la síntesis ahora, en apenas siete páginas, hace un auténtico alarde y no obvia ninguno de los hitos y consideraciones claves que hacen más comprensible la transición política española a la democracia después de una tan prolongada como férrea dictadura.

Remata Moradiellos su estudio con un inexcusable «estado de la cuestión». Dada la carga polémica que acompaña al conjunto del período, dicha recapitulación resulta sumamente esclarecedora y, el autor, acierta no entrando en todas y

cada una de las claves explicativas y más polémicas del Franquismo para centrarse en lo realmente sustantivo: 1) el debate sobre su naturaleza, que todavía colea. De su glosa queda perfectamente claro que, con independencia de las interpretaciones al uso, sobre todo a partir de la polémica conceptualización de Linz: «En su origen, naturaleza, estructura y conducta general, el régimen de Franco es un régimen de carácter fascista, establecido en gran parte gracias a la ayuda recibida de la Alemania nazi de Hitler y de la Italia fascista de Mussolini» (Resolución dictada por la Asamblea General de la Naciones Unidas en diciembre de 1946). ¿Por qué no se abandona ya la obsoleta contraposición fascismo, sí / fascismo, no, o la de totalitarismo / autoritarismo en favor, pura y simplemente, del Franquismo como un *ismo* político más con sus concomitancias y sus diferencias correspondientes, su autonomía y su dependencia del resto de los movimientos políticos (fascistas) afines? 2) la durísima represión del régimen o de su caudillo, que tanto monta, monta tanto, como «el» componente fundamental del Franquismo. Tal es su nota distintiva, su seña de identidad más peculiar, es decir, haber asesinado más que el régimen de Mussolini que dio nombre al fascismo, haber sido reconvenido sobre la innecesaria crueldad y extensión de la represión a la que el Franquismo se abandonó con el silencio culposo o la miserable aquiescencia de sus bases sociales católicas más ultra conservadoras, imprime carácter y merece una conceptualización no vicaria. Y 3) el papel desempeñado por el «César Visionario» (Federico de Urrutia, *dixit*) durante la II Guerra Mundial, papel tan absolutamente distorsionado por sus más fieles propagandistas y que, Moradiellos, sitúa en sus contornos historiográficos más estrictos sobre la base de su dominio del tema.

Cierra su estudio con una recopilación de documentos muy útiles: tablas estadísticas, disposiciones jurídicas, textos políticos, etc., (de suma utilidad en una obra de estas características), y de una bibliografía muy ajustada, temática y comentada, de mayor operatividad que un prolijo listado, que, aparte de que sería interminable, resultaría ocioso existiendo ya repertorios bibliográficos solventes. El autor ofrece una guía muy práctica para quien se inicie en la investigación de fuentes archivísticas y páginas de Internet donde se puede bucear a la procura de una información bibliográfica exhaustiva.

En conclusión, *La España de Franco* que nos ofrece Moradiellos, es una muy meritoria síntesis del período por todo lo dicho hasta aquí, bien estructurada y escrita con soltura a la que apenas echamos en falta una breve reconsideración final tras la breve descripción del dismantelamiento de la dictadura que se hace en las páginas dedicadas a la transición. Si bien, se puede deducir tal del «estado de la cuestión» que se acompaña sobre los aspectos fundamentales del Franquismo, como ya hemos dicho, y de gran utilidad tanto para el profano como para el especialista que necesite una inmediata repentización de lo más relevante del período aunque, quizás, pague de una excesiva extensión y, particularmente, el epígrafe dedicado al papel desempeñado por el régimen (Franco) durante la II Guerra Mundial que dobla prácticamente los otros dos, si bien por tratarse de cuestiones sobre las que el autor es un consagrado especialista no puede dejar de agradecerse su generosidad en una obra general por tan detallada descripción del mayor de los

mitos franquistas, completamente pulverizado por Antonio Marquina hace casi 25 años con abundante documentación archivística a la que ha seguido la obra de otros historiadores abundando y complementando la dura realidad de los hechos históricos frente a la palinodia franquista, que no era otra que la perspicacia y patriotismo del caudillo luchando denodadamente para no implicar a una España empobrecida en la II Guerra Mundial y ofreciendo una resistencia heroica a las insoportables presiones de Hitler. La historia huye de la retórica y es mucho más prosaica: Franco quiso, pero no pudo. Lo intentó, pero no le dejaron. Creyó ciegamente en la victoria del eje, y fue él el que presionó todo lo que pudo para que le dejaran participar en el banquete del nuevo orden europeo y poder reverdecer así los restos del apolillado imperio español. La diferencia es absolutamente sustantiva.

Con mayor o menor asepsia Franco queda a ras de suelo o a la altura del betún, por más que los propagandistas más pertinaces, que aún colean, persistan en sacar lustre a un traje apolillado ya por todas partes y reducido a un auténtico pingajo. Nuestro autor, un profesional de la historia, se priva de tan expresivas como elocuentes expresiones. Pero es evidente que, tanto desde el inevitable apasionamiento y la legítima denuncia como desde el aséptico distanciamiento y la mera glosa, el resultado historiográfico del Franquismo hace que ambas posiciones confluyan en la misma dirección y ofrezcan el mismo resultado: el «Glorioso Alzamiento Nacional» fue una rebelión subversiva de gran violencia contra la Constitución y la soberanía popular que abrió el camino de la Guerra Civil, un auténtico drama nacional, y no una Santa Cruzada de liberación de nada. El pretendido Nuevo Estado fue una vuelta atrás, un regreso al tradicionalismo más vetusto y entronizó a un rey absoluto, mediocre pero astuto, vengativo y cruel, con fatuos fastos de emperador romano. Semejante caballero cristiano selló un auténtico pacto de sangre y de silencio con sus bases políticas y sociales de apoyo que les permitió desencadenar la más feroz y criminal represión que ha conocido la Historia de España y ha hecho de su memoria apenas un registro del dolor (Juan Benet).

Alberto Reig Tapia

Francisco MORENO GÓMEZ, *La resistencia armada contra Franco. Tragedia del maquis y la guerrilla. El Centro-Sur de España: De Madrid al Guadalquivir*, Prólogo de Paul Preston, Barcelona, Crítica, 2001, 816 pp.

Cuando parecía que la historia de la resistencia armada contra Franco después del 1.º de abril de 1939 sería uno de «esos» capítulos de la reciente historia de España irremisiblemente empujados al olvido, tras tan prolongado como incomprensible silencio, han empezado a proliferar toda una serie de estudios, como el nuevo de Secundino Serrano o el de Luis Miguel Sánchez Tostado, o relatos no-

mitos franquistas, completamente pulverizado por Antonio Marquina hace casi 25 años con abundante documentación archivística a la que ha seguido la obra de otros historiadores abundando y complementando la dura realidad de los hechos históricos frente a la palinodia franquista, que no era otra que la perspicacia y patriotismo del caudillo luchando denodadamente para no implicar a una España empobrecida en la II Guerra Mundial y ofreciendo una resistencia heroica a las insostenibles presiones de Hitler. La historia huye de la retórica y es mucho más prosaica: Franco quiso, pero no pudo. Lo intentó, pero no le dejaron. Creyó ciegamente en la victoria del eje, y fue él el que presionó todo lo que pudo para que le dejaran participar en el banquete del nuevo orden europeo y poder reverdecir así los restos del apolillado imperio español. La diferencia es absolutamente sustantiva.

Con mayor o menor asepsia Franco queda a ras de suelo o a la altura del betún, por más que los propagandistas más pertinaces, que aún colean, persistan en sacar lustre a un traje apolillado ya por todas partes y reducido a un auténtico pingajo. Nuestro autor, un profesional de la historia, se priva de tan expresivas como elocuentes expresiones. Pero es evidente que, tanto desde el inevitable apasionamiento y la legítima denuncia como desde el aséptico distanciamiento y la mera glosa, el resultado historiográfico del Franquismo hace que ambas posiciones confluyan en la misma dirección y ofrezcan el mismo resultado: el «Glorioso Alzamiento Nacional» fue una rebelión subversiva de gran violencia contra la Constitución y la soberanía popular que abrió el camino de la Guerra Civil, un auténtico drama nacional, y no una Santa Cruzada de liberación de nada. El pretendido Nuevo Estado fue una vuelta atrás, un regreso al tradicionalismo más vetusto y entronizó a un rey absoluto, mediocre pero astuto, vengativo y cruel, con fatuos fastos de emperador romano. Semejante caballero cristiano selló un auténtico pacto de sangre y de silencio con sus bases políticas y sociales de apoyo que les permitió desencadenar la más feroz y criminal represión que ha conocido la Historia de España y ha hecho de su memoria apenas un registro del dolor (Juan Benet).

Alberto Reig Tapia

Francisco MORENO GÓMEZ, *La resistencia armada contra Franco. Tragedia del maquis y la guerrilla. El Centro-Sur de España: De Madrid al Guadalquivir*, Prólogo de Paul Preston, Barcelona, Crítica, 2001, 816 pp.

Cuando parecía que la historia de la resistencia armada contra Franco después del 1.º de abril de 1939 sería uno de «esos» capítulos de la reciente historia de España irremisiblemente empujados al olvido, tras tan prolongado como incomprensible silencio, han empezado a proliferar toda una serie de estudios, como el nuevo de Secundino Serrano o el de Luis Miguel Sánchez Tostado, o relatos no-

velados como el de Andrés Trapiello, cuando no películas como la reciente *Silencio roto* de Moncho Armendáriz ante la cual resulta imposible ignorar los dignísimos antecedentes que fueron *Los días del pasado*, 1977, de Mario Camus, con una espléndida y desconocida Marisol, y *Luna de lobos*, 1986, de Julio Sánchez Valdés, basada en un hermoso relato de Julio Llamazares, con los también magníficos Antonio Resines y Santiago Ramos. No obstante, cabe decir que, historio-gráficamente, se quiebra por fin un silencio escandaloso. Es un título doblemente expresivo, que hace verdad una vez más que la Historia acaba por imponerse por mucho que se diga que siempre la escriben los vencedores. No, los vencedores no la escriben nunca; están mentalmente incapacitados para ello. Los de 1939 apenas desplegaron, bajo el confortable amparo de sus fusiles y bayonetas, la habitual parafernalia propagandística y la vergonzosa y vergonzante hagiografía del «Gran Cruzado de Occidente» o, si acaso, mucho tiempo después, convenientemente camuflados y amparados por las libertades y derechos que tanto contribuyeron a escarnecer, pretenden escribir también la «historia definitiva», lo que, si no resultara grotesco, podría mover a risa, sobre todo cuando, supuestamente «alzados» en un pretendido altar de la suprema sabiduría se encuentran en realidad cómodamente instalados en su desvencijada caseta de feria desde donde distribuyen sin descanso *urbi et orbi* excomuniones o certificados de mala conducta a toda la primera división de la historiografía española contemporánea que no sigue sus directrices propagandísticas. Los historiadores profesionales, con absoluta coherencia, les ignoran por completo. Pero, al igual que cualquier espíritu sensible distingue entre escritores y escribidores que numeran sus panfletos a la imperial y totalitaria manera, confundiendo cantidad y calidad, valor y precio, etc., cualquier alfabetizado sabe hoy en día distinguir entre propagandistas e historiadores. La historia, esclava de la verdad, necesita tiempo y reposo y, lógicamente, se hace esperar algo más que la mera propaganda, hija de la mentira y, además, convenientemente cobrada del poder autocrático. Pero la Historia con mayúsculas acaba por llegar más pronto o más tarde como es el caso del monumental estudio de Francisco Moreno que traemos a colación.

La resistencia armada contra Franco... pertenece por derecho propio al segundo caso y, sólo cabe decir, que «más vale tarde que nunca» y que «nunca es tarde si la dicha es buena». Frente a los libelos habituales que se hacen como churros, es motivo de general satisfacción que vea la luz una investigación histórica rigurosa primorosamente editada, fruto de muchos años de arduo trabajo y que empieza por poner en su sitio a los *historietógrafos* precedentes que habían desplegado un considerable esfuerzo por deformar y ocultar la estricta realidad de los hechos. Nos encontramos ante una obra de envergadura que «cae por su propio peso». Es decir, el peso abrumador que dimana de una ejemplar vocación de historiador, de una férrea voluntad de trabajador incansable, de una constancia y sagacidad de auténtico investigador, de una pasión por la verdad tan conmovedora como contagiosa y que puede corroborar cualquiera que conozca a su autor.

Francisco Moreno Gómez lleva toda su vida estudiando, trabajando, tragando polvo en toda clase de archivos, desempolvando documentos, recorriendo en tiempo de ocio, sin un duro de esos generosos fondos que, al parecer, tanto abun-

dan para este tipo de investigaciones, y a costa exclusiva de su escaso peculio (catedrático de Instituto) campos, pueblos y ciudades a la búsqueda del «último testigo» que pueda corroborarle el dato preciso para podernos ofrecer a los demás, mucho tiempo después, sin estruendos ni alharacas, sin sacar pecho y reclamar medallas y honores por ello, obras como, esta impresionante historia de «los huidos», de «los guerrilleros», «del maquis» o, *tout court*, de la resistencia armada contra «la espada más limpia de Europa» que ahora nos ofrece, y de la cual, la propaganda, la hagiografía y esa pretendida «historia definitiva» de los eternamente vencedores, nos había dado cuenta, primero, como mera criminología, burdos relatos de «bandoleros», «forajidos» y «malhechores» y, después, con carretadas de silencio culposo y de acusador olvido... Silencio y olvido que, al parecer, empiezan a romperse gracias al trabajo impagable de todo ese conjunto de ejemplares historiadores vocacionales tan alejados de los escaparates mediáticos como siempre pegados a su mesa de trabajo de los que Francisco Moreno es destacadísimo adalid.

Se trata de un libro «militante» y, conviene decir esto desde el principio para evitar equívocos. Y, yo al menos, lo resalto no como reproche sino como elogio. Nunca he creído —y creo que Francisco Moreno tampoco— que la pasión y el compromiso estén reñidos con la verdad y la objetividad exigibles a cualquier científico social. Nada verdaderamente grande se hace en este mundo sin pasión. Pasión por la verdad, pasión por la justicia, pasión por la historia, maestra de la vida, pasión necesaria como el aire que respiramos «trece veces por minuto» (Gabriel Celaya) para saber que seguimos estando vivos. No faltan historiadores, críticos y comentaristas que, previamente investidos de su autoridad inapelable, y probablemente desbordados por la ingente masa de papel de la que, por su oficio, se ven forzados a dar cuenta, descalifican cualquier obra que no se ajuste al catón formal que ellos consideran de obligado cumplimiento. Confunden el continente con el contenido o pretenden devaluar éste por una mera cuestión de estilo cuando, como es bien sabido, «le style c'est l'homme», que dijera Buffon y, al menos en este caso, el estilo transparente honra a su autor que no pretende esconder un imposible «neutralismo» recubriéndolo de asepsia y formol hospitalarios sino de cruda y punzante verdad.

De momento no tengo noticia de que estas 816 páginas de riguroso trabajo historiográfico estén mereciendo en las plataformas culturales habituales el lugar destacado que se merecen en medio de tantas publicaciones de menor rango y que, sin embargo, se airean a los cuatro vientos por causas no por intuitadas o sabidas menos inaceptables. Y sin querer pecar de agorero y menos de futurólogo, me temo que va a costar lo suyo romper el silencio que, al parecer, han decretado sobre esta obra los dioses del Olimpo historiográfico español o los críticos o comentaristas políticamente correctos. Esta obra está condenada a convertirse, pese al «ninguño» del que de momento es objeto en los grandes medios de difusión, en un libro de obligada referencia. Aunque, forzosamente, trata de muertes que a muchos pueden parecer inútiles, la apuesta por la vida y la memoria de su autor no puede ser más inequívoca. Como dijo Víctor Hugo: «Ceux qui luttent, ce sont ceux qui vivent». Y los luchadores por la libertad y la democracia, incluidos por supuesto sus

errores y crímenes, pertenecen de pleno derecho a las mejores páginas de nuestra historia. Las palabras con que cierra el libro Moreno Gómez no pueden ser más esclarecedoras: «Gracias a tanto despilfarro de otros, hoy se disfrutan derechos y libertades impensables en otros tiempos». Francisco Moreno deja, pues, muy clara su posición desde la primera a la última página. La amplia dedicatoria con la que se arranca a la España que pudo ser y no fue, a todos los guerrilleros en su conjunto y al guerrillero desconocido en particular, a Manuel Tuñón de Lara, a Milagro Martínez de Laín, a sus padres, y a Pedro Garfias, otro de los grandes ignorados a pesar del propio Moreno, son suficientes «señas de identidad» para que nadie pueda llamarse a engaño. Pero, junto a tales declaraciones de principios, que tanto se ocultan en otros casos en la falsa pretensión de sólo hacer «ciencia» e «historia», al margen de toda axiología, el autor deja muy clara su posición entre vencedores y vencidos, perseguidores y perseguidos, torturadores y torturados, ejecutores de leyes de fugas y «suicidados». Da también su dirección a donde se le pueden remitir datos e informaciones que, dado el caso, le permitan rectificar, corregir, los involuntarios errores en que hubiera podido incurrir pues él es el primero en estar convencido de que la verdad es siempre revolucionaria.

Francisco Moreno, tras unas breves páginas a modo de proemio dando las claves metodológicas y teóricas que enmarcan su trabajo, divide éste en dos grandes apartados. Su conjunto constituye un estudio exhaustivo de toda la zona Centro-Sur (La Mancha, Extremadura y Andalucía) con muchas referencias a otras zonas de actividad guerrillera. El primero, que abarca cinco capítulos, lo titula «El período de huidos, 1939-1944» y el segundo, «La organización guerrillera a partir de 1944», consta de otros doce capítulos y alcanza hasta los últimos estertores de «Veneno» (Francisco Blancas Pinto) en 1955. Un capítulo de conclusiones cierra el libro seguido de las correspondientes notas, referencias bibliográficas consultadas, fuentes archivísticas y cuidados índices de cuadros, mapas, figuras, alfabético y onomástico, tan imprescindibles en cualquier obra de investigación y que, demasiadas veces, los editores hurtan cicateramente al lector. Afortunadamente en este caso, como no cabía esperar otra cosa, autor y editorial han echado el resto.

Insiste el autor para la cabal comprensión de la resistencia armada contra Franco que hay que enmarcarla «en el contexto de la lucha antifascista europea». No fue la guerrilla un movimiento de resistencia campesina sino el equivalente a los partisanos de Tito en la antigua Yugoslavia o los «maquisards» de las FFI (Forces Françaises de l'Interieur) en Francia. La única diferencia es que aquéllos a la postre resultaron vencedores y los españoles vencidos. Igualmente, otra de las claves explicativas del fenómeno guerrillero en España, es que su origen no es otro que «la huida de la represión franquista» como consecuencia de la brutal persecución política desplegada por el «Nuevo Estado». La propaganda oficial insistía al final de la guerra en que nada tenían que temer de la «Nueva España» los que no tuvieran las manos manchadas de sangre. «Pero vino la paz. Y era un olivo/ de interminable sangre por el campo», clamó Rafael Alberti con sensibilidad de poeta y precisión de notario. Los montes de España se llenaron de fugitivos del terror de Estado desplegado por el inmisericorde «Caudillo de España». Así

pues, fue la represión el impulso originario del fenómeno guerrillero: «la mayoría se incorporó por fuerza mayor, no por gusto: por el acoso de la represión». Tampoco se entendería el surgimiento de la guerrilla sin «la pervivencia del movimiento obrero español de los años treinta», importante protagonista por vez primera en la historia de España gracias al considerable esfuerzo educativo desplegado por la II República española. El pueblo llano había dejado de ser masa, había adquirido conciencia de su propia dignidad, por primera vez se sintió persona y luchó hasta el final para no dejar de serlo otra vez. Otra de las claves explicativas es «la inadaptación al nuevo orden filofascista» por parte de un gran número de vencidos. Privados de los medios convencionales de subsistencia, los llamados «desafectos» no tuvieron otra alternativa que «echarse al monte» para poder sobrevivir. Las continuas humillaciones que habían de soportar, así como la peor de todas: toparse a diario con los asesinos de sus seres queridos, eran más de lo que se estaba dispuesto a soportar si no querían abandonar los firmes principios en los que tan ciegamente creían, o perder la mera dignidad personal. También hay que considerar que «el maquis y la guerrilla antifranquista fueron un fenómeno heterogéneo, con gran diversidad regional» y que cualquier simplificación resulta desorientadora. En definitiva, concluye Francisco Moreno, «hubo muchas guerrillas según zonas y periodos.

Leyendo estas apasionantes páginas asombra constatar la increíble capacidad de resistencia desplegada por estos hombres con tan pocos medios y en un contexto tan hostil, tanto interno como externo, por más que los más ilusos alimentaran siempre la esperanza de una intervención más o menos próxima de las potencias aliadas que acabara con Franco. La guerrilla nunca pretendió una reconquista de todo el territorio nacional sino apenas el de consolidar una parte del mismo donde pudiera establecerse un gobierno provisional que permitiera a las potencias democráticas intervenir. La guerrilla no tuvo ninguna posibilidad de triunfo dadas las circunstancias frente al aparato militar del Estado. Fue, paradójicamente, una guerrilla a la defensiva con escasa capacidad de hostilizar al régimen y de crear «focos» de resistencia como en otros fenómenos guerrilleros del siglo xx y, sin embargo, fue capaz de crearle inquietudes y zozobras a Franco hasta el punto que sólo pudo acabar con ella recurriendo al terror de Estado de la mano de «las contrapartidas», que torturaron y asesinaron por sistema sirviéndose de los criminales «paseos» y de la aplicación de la eufemística «ley de fugas». Fue una resistencia militar, sí, pero con escasísimos medios militares, pistolas y escopetas sobre todo, restos de la guerra, munición escasa u obsoleta y ausencia de «regaderas» (ametralladoras), lo que desestabilizaba por completo a favor de la Guardia Civil los «encuentros» con el maquis.

A partir de 1944, tras el desplome alemán, muchos guerrilleros españoles que desempeñaron un papel fundamental en la resistencia francesa se trasladaron a España. Moreno nos muestra a las claras que el intento de derrocar a la dictadura sobre la base de una «invasión armada» y un consiguiente «levantamiento popular» no fue una locura del dirigente comunista Jesús Monzón sino la política oficial del PCE. Además, otra importante aportación de Francisco Moreno, es desvelarnos que la orden de retirada de la guerrilla no provino de Santiago Carrillo

sino de Vicente López Tovar. El Partido Comunista fue sin duda la organización que más recursos humanos y materiales dedicó a la guerrilla, aunque sería un error considerar que los comunistas eran el único componente de la tan traída y llevada «invasión» y del fenómeno guerrillero en su conjunto.

Como apunta Paul Preston en el prólogo: «En ningún caso, ni de ninguna manera, puede pensarse que la *guerrilla* constituyera una amenaza para la dictadura». «Después de tres años de guerra civil, cinco más de terror de estado, la mayor parte de la población tenía ya bastante trabajo para sobrevivir a la escasez y el hambre imperantes sin además tener que tomar parte en la gran insurrección que constituía el objetivo de la *guerrilla*. A largo plazo, la *guerrilla* estaba condenada al fracaso». Pero si esta afirmación es indudablemente cierta, no es menos cierto que el régimen estuvo en jaque, que no levantó el estado de guerra hasta 1948 y que, como el mismo Franco habría de reconocer, no se sintió tranquilo y seguro («ahora sí que he ganado la guerra») hasta la firma de los acuerdos con Los EE.UU. y el Vaticano en 1953.

Faltaba una panorámica de conjunto sobre el fenómeno guerrillero en España tras la victoria armada de Franco. Ahora, gracias al descomunal esfuerzo de Francisco Moreno, contamos ya con un estudio que colma holgadamente tan importante laguna historiográfica en lo que respecta a todo el Centro-Sur de España, con lo cual estamos muchísimo más cerca de una historia completa del maquis y nadie mejor que Francisco Moreno podría acometer ahora una buena síntesis divulgativa que trascendiera el reducido ámbito de los especialistas. Moreno no se ha dejado ninguno de los temas verdaderamente relevantes en las alforjas como el de la cuantificación de la guerrilla. A pesar de las dificultades y notoria escasez de fuentes, concluye que «la realidad de aquella resistencia armada contra Franco no debe cifrarse por debajo de 7.000 personas. Una estimación muy ponderada a la luz de lo que hasta hoy se ha investigado sobre este hecho histórico». En las siete provincias por él estudiadas llega a un censo total, siempre sobre la base de una estimación de «mínimos», de 1.484 huidos, maquis o guerrilleros. Un 26% más que las cifras oficiales de la Guardia Civil y particularmente del teniente coronel Aguado Sánchez, cuyo libro sobre el maquis en España era considerado poco menos que «la Biblia» sobre el asunto por parte de la «historiografía» franquista.

Los que se «echaron al monte» no fueron bandoleros y malhechores. No huían, salvo una irrelevante minoría, de responsabilidades penales concretas como el tópico de la propaganda franquista tenía establecido. Además, era de sentido común: quienes verdaderamente habían contraído tales responsabilidades habían tenido tiempo y medios sobrados para ponerse a salvo o darse a la fuga. Recuérdese el caso de Julián Besteiro que, a pesar de haber podido exiliarse, se quedó, y que, a pesar de reconocerle el tribunal su impecable honradez personal, le condenó a muerte. En la «España de Franco» la honestidad personal no servía siquiera de eximente. Los que huyeron lo hicieron ante una sanguinaria y brutal represión: campos de concentración, cárceles inhumanas, humillaciones, palizas, torturas, trabajos forzados, juicios sumarísimos con indefectibles penas de muerte por «auxilio a la rebelión» (*sic*) en 1936, por exclusión laboral y social... «Sin esta represión salvaje, el fenómeno de los huidos y el maquis no habría ocurrido». A partir de 1946 se exten-

dió la «guerra sucia» hasta conseguir la paralización de la guerrilla por el puro y simple ejercicio sistemático del terror de Estado.

Finalmente, por mera coherencia con la propia honradez que esgrime Francisco Moreno a lo largo de todas sus páginas, quisiera apuntar una pequeña discrepancia terminológica, aunque, como muy bien dice él mismo sobre esta cuestión en sus consideraciones previas, sea tema irrelevante... «huidos», «maquis», guerrilla», galgos o podencos, desde luego. Dice Moreno que la guerrilla fue un «ejército» sin intendencia, sin servicios sanitarios, sin armamento digno de tal nombre, sin oro de Moscú ni de otra índole, es decir, sin financiación, etc. Apenas apuntar que un «ejército» *sin* tan elementales fundamentos de la logística, no es tal ejército. Es, lo dicho, «maquis», «guerrilla», «resistencia (pobremente) armada contra Franco». Ejército es lo que Franco tenía y utilizó para acabar con los últimos rebeldes, con los últimos resistentes al fascismo que mantuvieron alzada la bandera de la libertad hasta el último estertor.

La guerrilla española a partir de 1939 fue una resistencia heroica y utópica, asombrosamente digna y valerosa, plagada de sucesos memorables y, también, claro está, lamentables, pero sobre todo un ejemplo admirable para las generaciones posteriores que podrán así, gracias al sacrificio de esa «masa» de hombres anónimos que resistieron hasta el final para no dejar de ser hombres, aprender el valor incommensurable de la libertad pues, como dijo Manuel Azaña: «La libertad no hace felices a los hombres, los hace simplemente hombres». Aquellos hombres lucharon por seguir siendo ciudadanos, por seguir siendo hombres, y estuvieron dispuestos a morir antes que aceptar ser relegados de nuevo a la condición de súbditos y esclavos.

Libro estremecedor cuya portada va ilustrada por una fotografía que parece virada en sepia de los rostros de dos cadáveres de guerrilleros: Jesús Bayón González «Carlos» y Manuel Taberero Antona «Lyon», que prefirieron suicidarse antes que caer en manos de la Guardia Civil. Eso fue la resistencia armada contra Franco: un suicidio gallardo. El color sepia de la foto no es otro que el de la sangre heroicamente derramada pero difuminada por el paso del tiempo y la amargura del olvido. Imagen estremecedora, simbólica, de un pasado oculto, de una loca aventura, de un sacrificio asombroso, de una bella utopía exterminada por la sangre y el fuego, ahora ejemplarmente rescatada para la Historia por Francisco Moreno.

Alberto Reig Tapia

Gonzalo PASAMAR, *La historia contemporánea. Aspectos teóricos e historiográficos*, Madrid, Síntesis, 2000, 269 pp.

Desde una perspectiva historiográfica tanto como historiológica, la pertinencia del sintagma «historia contemporánea» siempre ha planteado reservas y dudas fundamentadas. En primer lugar, por que suponía un contrasentido tratar

dió la «guerra sucia» hasta conseguir la paralización de la guerrilla por el puro y simple ejercicio sistemático del terror de Estado.

Finalmente, por mera coherencia con la propia honradez que esgrime Francisco Moreno a lo largo de todas sus páginas, quisiera apuntar una pequeña discrepancia terminológica, aunque, como muy bien dice él mismo sobre esta cuestión en sus consideraciones previas, sea tema irrelevante... «huidos», «maquis», guerrilla», galgos o podencos, desde luego. Dice Moreno que la guerrilla fue un «ejército» sin intendencia, sin servicios sanitarios, sin armamento digno de tal nombre, sin oro de Moscú ni de otra índole, es decir, sin financiación, etc. Apenas apuntar que un «ejército» *sin* tan elementales fundamentos de la logística, no es tal ejército. Es, lo dicho, «maquis», «guerrilla», «resistencia (pobremente) armada contra Franco». Ejército es lo que Franco tenía y utilizó para acabar con los últimos rebeldes, con los últimos resistentes al fascismo que mantuvieron alzada la bandera de la libertad hasta el último estertor.

La guerrilla española a partir de 1939 fue una resistencia heroica y utópica, asombrosamente digna y valerosa, plagada de sucesos memorables y, también, claro está, lamentables, pero sobre todo un ejemplo admirable para las generaciones posteriores que podrán así, gracias al sacrificio de esa «masa» de hombres anónimos que resistieron hasta el final para no dejar de ser hombres, aprender el valor incommensurable de la libertad pues, como dijo Manuel Azaña: «La libertad no hace felices a los hombres, los hace simplemente hombres». Aquellos hombres lucharon por seguir siendo ciudadanos, por seguir siendo hombres, y estuvieron dispuestos a morir antes que aceptar ser relegados de nuevo a la condición de súbditos y esclavos.

Libro estremecedor cuya portada va ilustrada por una fotografía que parece virada en sepia de los rostros de dos cadáveres de guerrilleros: Jesús Bayón González «Carlos» y Manuel Taberero Antona «Lyon», que prefirieron suicidarse antes que caer en manos de la Guardia Civil. Eso fue la resistencia armada contra Franco: un suicidio gallardo. El color sepia de la foto no es otro que el de la sangre heroicamente derramada pero difuminada por el paso del tiempo y la amargura del olvido. Imagen estremecedora, simbólica, de un pasado oculto, de una loca aventura, de un sacrificio asombroso, de una bella utopía exterminada por la sangre y el fuego, ahora ejemplarmente rescatada para la Historia por Francisco Moreno.

Alberto Reig Tapia

Gonzalo PASAMAR, *La historia contemporánea. Aspectos teóricos e historiográficos*, Madrid, Síntesis, 2000, 269 pp.

Desde una perspectiva historiográfica tanto como historiológica, la pertinencia del sintagma «historia contemporánea» siempre ha planteado reservas y dudas fundamentadas. En primer lugar, por que suponía un contrasentido tratar

de aunar dos conceptos enfrentados en sus respectivos campos semánticos. No en vano, por razón y convención, el vocablo «historia» designa una realidad pretérita, perfecta acabada, un tiempo finito y pasado: en tanto que la voz «contemporánea» denota un tiempo presente para el observador y testigo, una dimensión cronológica no pretérita sino en curso de desarrollo. En segundo orden, porque la configuración de un período bautizado como «historia contemporánea» (*grosso modo* correspondiente a los siglos XIX y XX) rompía la tradicional trilogía de edades en las que se distribuía el proceso histórico de la civilización occidental: Antigüedad-Edad Media-Modernidad. Y esta ruptura de la periodización trinitaria para abrir hueco a una cuarta y última etapa histórica nunca logró plena aceptación universal a pesar de contar con el patrocinio de la influyente historiografía francesa decimonónica. Sin ir más lejos, la historiografía de ámbito anglófono (tanto británico como estadounidense) nunca asumió dicha categoría y siguió manteniendo la etiqueta de «Modern Period» para designar conjuntamente la época histórica abierta con el Renacimiento del siglo XV y hasta la actualidad. A lo sumo, dentro de esas tradiciones historiográficas se suele utilizar la sub-división de «Early Modern Period» (Temprana Edad Moderna) y «Late Modern Period» (Edad Moderna Tardía) para discriminar lo que en la tradición francesa sería la «Época Moderna» y la «Época Contemporánea».

Muy consciente de esas dificultades, el último libro publicado por el historiador español Gonzalo Pasamar es un cumplido examen de «la historia contemporánea» en su doble condición de «período histórico» singular y «especialidad historiográfica» consolidada. Desde su inicial trabajo (en colaboración con Ignacio Peiró) titulado *Historiografía y práctica social en España* (Zaragoza, Prensas Universitarias, 1987) y hasta su monografía sobre las disciplinas históricas españolas bajo el franquismo (*Historiografía e ideología en la post-guerra española: la ruptura de la tradición liberal*, Zaragoza, Prensas Universitarias, 1991), Pasamar se ha revelado como uno de los más fecundos cultivadores en el país del análisis historiográfico *stricto sensu*, un campo muy poco roturado hasta fechas bien recientes por razones varias y contingentes. Y, en cierta medida, su nueva obra podría considerarse como una especie de *summa* actualizada y divulgativa de sus concepciones sobre esa disciplina y período temporal bajo el prisma de la «Historiografía» entendida como «materia que examina su historia en todas sus dimensiones (las profesionales, políticas, intelectuales e incluso teóricas)» (p. 9).

Muy pertinentemente, el primero de los cuatro apartados en los que se divide el libro se destina al estudio de la aparición de la especialidad de la «historia contemporánea» en su doble acepción precitada. Y resulta muy significativo que el vocablo haya aparecido «poco antes de mediados del siglo XIX», en particular en 1838-1843 de la mano del italiano César Cantú en su *Historia Universal*, con el sentido preciso de «historia de la época presente», «historia reciente» o «historia de los acontecimientos de los que hemos sido testigos» (p. 19). Desde luego, en ese plano, la novedad del vocablo acuñado era muy limitada porque, como recuerda Pasamar, «el interés por los hechos contemporáneos —en el sentido de

coetáneos— es tan antiguo como la Historia misma» (p. 12). No en vano, Heródoto relató sus propias vivencias como viajero, Tucídides nos legó sus recuerdos como participante en la guerra del Peloponeso y hasta el mismo Procopio dejó su bizantino testimonio sobre la agitada vida cortesana en tiempos de Justiniano y Teodora.

Donde comienza la novedad y transcendencia del nuevo vocablo es en la denotación de una nueva etapa histórica distinta de la «Modernidad», surgida desde finales del siglo XVIII como resultado de las grandes transformaciones socio-políticas que acompañaban la disolución del Antiguo Régimen en Europa y sentaban las bases del posterior desarrollo económico industrial y capitalista en el continente. La «historia contemporánea» pasó a ser, de este modo, una especialidad historiográfica ocupada esencialmente en el análisis de esos cambios temporales trascendentes y equiparables en importancia a las transformaciones que previamente habían clausurado el ciclo histórico de la Antigüedad o de la Edad Media. En consecuencia, resulta procedente el repaso que Pasamar realiza sobre la historia «reciente» elaborada por los ilustrados (tanto Voltaire como Hume, por ejemplo) y el detenido examen sobre la historiografía suscitada por la Revolución Francesa de 1789 y sus efectos continentales (incluyendo la «escuela» francesa tanto como la británica, la alemana y la española).

El segundo apartado de la obra de Pasamar aborda el surgimiento y desarrollo de «la profesión de historiador» a lo largo de las dos últimas centurias. Y la cuestión es sumamente pertinente porque la configuración del oficio de historiador como «profesión intelectual, pero también burocrática» (p. 72) es un fenómeno coetáneo a la cristalización de la especialidad de «historia contemporánea». Y, a su vez, refleja el notable cambio en la concepción de las disciplinas históricas acaecido en el período de entresiglos: la conversión del viejo género literario histórico (tal y como lo practicaba todavía Thomas Carlyle) en una tarea que quiere configurarse como ciencia humana y social (al modo ejercitado por Leopold von Ranke). En ese proceso dilatado, que cubre casi todo el siglo XIX, la renovada erudición crítica tradicional (ejemplificada en las fértiles labores de los archiveros y bibliotecarios) se entretendió con la vieja tradición narrativa literaria y dio origen al nuevo historiador que dominaba los principios del «método histórico» tanto como el arte de la retórica y tenía su cobijo fundamental en los departamentos universitarios. La celebración del primer Congreso Internacional de Ciencias Históricas en 1898 (p. 75) podría señalar la mayoría de edad de esa nueva profesión burocrática bien definida para entonces en casi todos los países occidentales. De igual modo, la expansión de la docencia de la historia en los niveles educativos primarios a lo largo de todo el siglo XIX, constituyó un campo fértil para la implantación académica de la nueva historiografía por su correlativa exigencia de formar a los maestros encargados de la materia y de dotarles de los correspondientes manuales escolares. Si bien, como apunta Pasamar, entre la historiografía universitaria y esa «historia escolar» siempre existió una clara separación en virtud de la tendencia de esta última a «conservar la Historia entendida como memoria colectiva y los tópicos que la han acompañado» (p. 87).

Dentro del segundo apartado de su libro, Pasamar incluye un recorrido bastante minucioso por la evolución general de las disciplinas históricas durante la época contemporánea, con especial atención al surgimiento de especialidades bien consolidadas (como la historia económica y la historia social) y las sucesivas corrientes renovadoras que han existido en su seno (desde la pluriforme «escuela de *Annales*» en Francia a la *Alltagsgeschichte* en Alemania). Tampoco deja de abordar la pertinente referencia a la consabida «crisis» de la Historia en la más reciente actualidad, apuntando acertadamente un conjunto de factores explicativos de la misma: «la dispersión del oficio, la retirada y desaparición de figuras internacionales, los cambios en la cultura política e intelectual, o la aparición de nuevos escenarios y medios de debate» (p. 106). E igualmente se refiere a los «debates más recientes» surgidos al compás de esa crisis «disciplinar» y «epistemológica» con un tono ecuánime y hasta extrañamente aséptico: el impacto de la llamada «postmodernidad» (que como etiqueta sólo cobra sentido en ámbitos anglófonos, donde se asume que estamos saliendo de la «Modernidad»); la influencia de la «descripción densa» de Clifford Geertz (¿no hubiera sido conveniente llamar la atención sobre su analogía con la «re-actualización» de Collingwood o la «perspectiva étic» de Harris?); o el influjo del «giro lingüístico» (¿no resulta un poco excesivo el deferente trato dado a Hayden White?).

Completando el recorrido iniciado en el bloque temático previo, la tercera parte del libro de Pasamar aborda monográficamente la «especialidad y los especialistas en historia contemporánea». El repaso sigue un esquema centrado en el devenir de la disciplina en cada uno de los grandes países occidentales y por sus páginas desfilan figuras de la entidad de Geoffrey Barraclough, Pierre Renouvin, Gaetano Salvemini, E.P. Thompson, Fritz Fischer, Charles Tilly o Albert Soboul. Pero, como era obligado, el autor debe enfrentarse con el agudo problema y desafío que supone la reciente aparición de la nueva especialidad llamada «Historia del Tiempo Presente». De hecho, sobre la base de las investigaciones del «Instituto para la Historia de Nuestro Tiempo» (fundado en Múnich en 1950) y del *Institut d'Histoire du Temps Présent* (creado en París en 1978), ha ido configurándose una nueva forma de abordar la historia «reciente» o «inmediata» que pretende delimitar «el terreno de una subespecialidad» (p. 193). Una nueva forma que, significativamente, en ámbitos anglófonos se denomina «contemporary history» por razones bien lógicas y comprensibles (¿lo que no deja de añadir elementos de confusión al asunto!). Y entre las muchas novedades que aporta esa directriz, cabe subrayar que no quiere evocar «sólo un mero período cronológico reciente» ni concebir una «historia del pasado reciente». Por el contrario, su pretensión supone una clara renovación metodológica en la medida en que bajo ese equívoco manto terminológico (¿cómo puede haber una Historia del Presente si ambos términos son antitéticos?) se encubre una aspiración encomiable: hacer «una historia con testigos». Lo que significa, por supuesto, que la llamada «Historia del Tiempo Presente» no «empieza» en 1945 ni con la descolonización, porque sus propios perfiles cambiarían a medida que cambian las generaciones activas que emprenden esa mirada a la historia «in-

mediata» y «reciente» de sus propias vidas colectivas. En todo caso, de la mano de los nuevos historiadores del «Tiempo Presente» (¡asumiendo como imposible desprenderse ya de esa mixtificadora etiqueta!), las principales sociedades occidentales han afrontado polémicas históricas de gran calado público que son objeto de atención por parte de Pasamar: la «querrela de los historiadores» alemanes acerca de la singularidad del Holocausto nazi de los judíos; el debate sobre los orígenes de la Guerra Fría en los Estados Unidos; la controversia italiana sobre el fascismo y la figura de Mussolini inaugurada por las tesis de Renzo Felice; etc.

El cuarto y último apartado del sugerente libro de Pasamar se concentra en la génesis y devenir de la especialidad de Historia Contemporánea en España. No cabe duda de que se trata del bloque temático más personal y original porque en él se recoge y sintetiza la mayoría de sus investigaciones previas sobre el particular. Partiendo de lo que considera «rasgos del oficio español» desde su configuración en el siglo XIX (la reducida vocación asociativa y una acentuada hegemonía de la erudición en la historiografía nacional), Pasamar relata la progresiva configuración de la disciplina en un ambiente universitario dominado por la «ruptura de la tradición liberal» que supone la victoria franquista en la guerra civil de 1936-1939. Y no elude el muy arriesgado ejercicio de tratar de poner nombres y fechas en esa trayectoria compleja. Entre otros (y a sabiendas de que la selección es tan inevitable como reveladora): Jesús Pabón y su biografía de *Cambó* (1951); Jaime Vicens Vives y su *Industriales y políticos del siglo XIX* (1958); Miguel Artola y sus *Orígenes de la España contemporánea* (1959); y Manuel Tuñón de Lara y su *España del siglo XIX* (1961).

La obra de Pasamar termina con unas «reflexiones sobre la presente situación de la historia contemporánea en España» que parece difícil no compartir en cierta medida y proporción. Los «signos de asentamiento definitivo» son evidentes (en virtud del número de profesionales universitarios en ejercicio y la amplitud y consistencia de sus revistas, asociaciones, congresos y reuniones). Pero igualmente evidente es que «la historiografía española aún carece en la actualidad de peso específico en las principales revistas internacionales» (p. 246). Del mismo modo, resulta casi obligado expresar nuestro acuerdo con tres preocupaciones finales del autor sobre el presente y futuro de la historiografía española (contemporaneísta o general): «la escasez de investigadores que no se ocupen exclusivamente de la historia doméstica», «el escaso impulso hacia la construcción de síntesis» y «la excesiva autocomplacencia del gremio español» (p. 248). Probablemente entre las causas que originan esas tres preocupaciones haya una ligazón fenoménica mucho mayor de lo que podría parecer a primera vista. Y no estaría nada mal que la difusión y atenta lectura del nuevo libro del profesor Pasamar contribuyera a poner remedio a tal situación en un futuro no demasiado lejano. Para bien de todos: profesionales del oficio, estudiantes en proceso de aprendizaje o meros aficionados e interesados en la materia.

Juan Sisinio PÉREZ GARZÓN; Eduardo MANZANO; Ramón LÓPEZ FACAL y Aurora RIVIÈRE, *La gestión de la memoria. La historia de España al servicio del poder*, Barcelona, Crítica, 2000, 276 pp.

En los últimos tiempos se están publicando diversos trabajos sobre los nacionalismos como respuesta a un problema sentido con creciente preocupación por la sociedad española actual. Pero sobre este asunto es más frecuente encontrar prejuicios (nacionalistas o antinacionalistas) que análisis rigurosos. Justo G. Beramendi ha indicado algunos criterios para diferenciar entre lo que no son más que discursos nacionalistas y una investigación que trate de profundizar en el conocimiento de los nacionalismos:

«1.º) Que el juicio de valor —positivo o negativo— sea o no la finalidad principal. Es decir, que importe más o no saber si el nacionalismo en general, o un tipo de nacionalismos o un nacionalismo concreto, es bueno o malo (para la humanidad, para el progreso, para ese pueblo, para lo que sea) que averiguar qué es ese nacionalismo y por qué es así.

2.º) Que se considere que la nación es un ente histórico real primario y que el nacionalismo es una consecuencia «natural» y cuasi necesaria de la existencia de aquella, con lo que la nación ocupa el centro de la preocupación teórica. O que, por el contrario, se estime que la nación es solamente, al menos a efectos de la investigación, el centro de la ideología nacionalista y que, por lo tanto, el ente real primario, el que existe per se, es el propio nacionalismo»¹.

De acuerdo con estos criterios deberíamos clasificar buena parte de lo que habitualmente se publica como ensayos realizados desde una perspectiva nacionalista y no como investigaciones. Lo que no es el caso de la obra aquí reseñada. Juan Sisinio Pérez Garzón, investigador del CSIC y catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad de Castilla-La Mancha, ha coordinado un libro que respondería plenamente a los criterios mencionados como, por otra parte, ha venido siendo la tónica en sus anteriores aproximaciones al estudio de las relaciones entre nacionalismo e historiografía, con su participación en una obra colectiva, en los años 80. que sigue siendo una referencia inexcusable².

La obra que comentamos es la culminación de un proyecto desarrollado en el Centro de Estudios Históricos del CSIC sobre «Análisis de la historiografía nacionalista y regionalista contemporánea» por tres investigadores que no son precisamente unos recién llegados a este tipo de investigaciones: además de J. Sisinio Pérez Garzón, Eduardo Manzano, medievalista especialista en la historia de Al-Ándalus y también en el arabismo hispánico de los siglos XIX y XX,

¹ Citado por R. LÓPEZ FACAL (2000) en *Con-Ciencia Social*, n.º 4, «Estudios sobre identidad y nacionalismos. Introducción bibliográfica», pp. 200-209.

² CIRUJANO MARÍN, Paloma; ELORRIAGA PLANES, Teresa; PÉREZ GARZÓN, Juan Sisinio (1985). *Historiografía y nacionalismo español (1834-1868)*. Madrid, CSIC-Centro de Estudios Históricos.

y Aurora Rivièrre que, al igual que los anteriores, también se había ocupado de estos temas con anterioridad³. A este estudio se ha incorporado la aportación de un profesor de enseñanza secundaria, Ramón López Facal, destacado especialista en diferentes aspectos relacionados con la didáctica de la historia y autor de una reciente tesis doctoral sobre nacionalismo y enseñanza de la historia⁴.

La gestión de la memoria es un libro a contracorriente de lo que habitualmente se publica, analizando de forma desacomplejada el nacionalismo español (aunque no se limite a él), habitualmente ignorado u ocultado por los ensayistas, y no digamos ya por tertulianos o comentaristas de prensa, que suelen ocuparse exclusivamente de denunciar las numerosas contradicciones y limitaciones teóricas de los llamados nacionalismos periféricos al tiempo que asumen acríticamente tópicos esencialistas cuando se refieren al español. Y también es un libro oportuno, porque aporta argumentos fundamentados históricamente a una preocupación social ampliamente sentida que trasciende el ámbito de lo estrictamente académico. Cabe destacar, además, la coherencia entre los diversos apartados, algo bastante infrecuente en obras colectivas.

J. Sisinio Pérez Garzón — autor de la presentación, de las conclusiones finales y de uno de los capítulos centrales — en ningún momento oculta su intencionalidad crítica y así, ya en la introducción, nos avanza lo que está detrás de este trabajo colectivo:

«La tesis, en definitiva, de este libro es rotunda: que la historia ha servido para configurar comportamientos nacionales entre las personas, para socializar a la ciudadanía como española, vasca, canaria o asturiana y también a la vez como europea y cristiana. La alternativa, por tanto, es igualmente rotunda, que en la sociedad española, si queremos organizar una convivencia democrática y multicultural, entonces la historia como disciplina que gestiona la memoria, debe replantearse las fuentes de información, tiene que abandonar las explicaciones intencionalistas o teleológicas y abrirse a nuevos documentos de la memoria social para captar la interrelación continua entre lo local, lo nacional y lo internacional, y para entender las diferencias, para entender y situarse en el lugar de los *otros*» (p. 9).

La misma orientación es perceptible en el capítulo que firma Eduardo Manzano, titulado «La construcción histórica del pasado nacional», en el que se ocupa fundamentalmente de la manera en que la historiografía nacionalista española, desde el siglo XIX, ha establecido una interpretación canónica de la «conquista árabe de España», aunque el autor va más allá del análisis de las interpretaciones historiográficas sobre Al-Ándalus para concluir que

³ RIVIÈRRE GÓMEZ, Aurora (2000). *Orientalismo y nacionalismo español. Estudios árabes y hebreos en la Universidad de Madrid (1843-1868)*. Madrid. Universidad Carlos III. También en su tesis doctoral (1991, inédita).

⁴ LÓPEZ FACAL, Ramón (1999). *O concepto de nación no ensino da historia*. Universidad de Santiago de Compostela; Servicio de Publicaciones (edición en CD-Rom) 2000: *Tesis doctorales 99: Humanidades y Ciencias Sociales*.

«...cualquier historiografía nacionalista, sea del signo que sea, no se propone comprender el pasado sino simplemente plasmarlo. La Historia deja de ser de esta forma un campo de conocimiento capaz de aportar ideas transformadoras, para convertirse en un simple arsenal de argumentos diferenciadores legitimados por el tiempo y empleados para promover un proyecto de movilización política» (pp. 60-61).

J. Sisinio Pérez Garzón se ocupa de abordar en el capítulo 2 «La creación de la *historia de España*» en el que explica las circunstancias que llevaron a que la «mitificación y castellanización de España como realidad histórica» se convirtiese en el paradigma explicativo de la historia de España. Como es lógico, Pérez Garzón se centra, sobre todo, en la historiografía romántica y conservadora que ha contribuido en mayor medida a consolidar los tópicos sobre el pasado español, pero también se refiere a las propuestas liberal-democráticas —como el célebre discurso de Bosch Gimpera de 1937⁵— que, en nuestra opinión, merecerían quizá una reflexión más detenida, un análisis comparativo más detallado de lo que aquí apenas se esboza, de forma ciertamente sugerente, ofreciendo nuevas perspectivas para valorar

«...que nuestro quehacer profesional versa sobre la gestión de la memoria, elemento de poder donde los haya, cuando interioriza postulados esencialistas de un colectivo nacional o regional que devienen en sustratos de comportamientos, más allá de las diferencias ideológicas» (p. 110).

Por su parte, Ramón López Facal nos ofrece en el capítulo 3 —«La nación ocultada»— un detallado y muy representativo análisis de libros de texto y de otros materiales escolares utilizados en España para la enseñanza de la historia en la educación primaria y secundaria, a partir de la Ley General de Educación de 1970 y hasta el momento presente. Sostiene que si bien los tópicos del nacionalismo tradicional desaparecen en gran medida del discurso explícito a partir de 1970, sin embargo se mantuvieron de forma implícita contribuyendo a la perpetuación de los viejos esquemas patrióticos de matriz romántica. Uno de los aspectos más interesantes de su aportación es el de poner de manifiesto el paralelismo entre los discursos historiográficos de los nacionalismos periféricos (ejemplificados en el caso gallego) y el nacionalismo español. Resulta igualmente notable que su análisis no se limite únicamente a los libros de historia —o de ciencias sociales en la EGB y en la ESO actual— sino también a los de las literaturas española y gallega, en los que se manifiestan de forma mucho más explícita los estereotipos nacionalistas que reciben los escolares. El discurso de López Facal comparte con los demás autores la preocupación por las implicaciones

⁵ Discurso actualmente disponible, entre los de otros significados historiadores de finales del siglo XIX y del primer tercio del XX, en la obra editada por Pedro Ruiz Torres, ed. (2000): *Discursos sobre la historia. Lecciones de apertura de curso en la Universidad de Valencia (1870-1937)*. Valencia, Universitat de València, que cuenta, además, con una introducción muy documentada y sugerente del editor de esta obra.

políticas de los mensajes que pretenden fundamentar su legitimidad en supuestas esencias históricas:

«La idea de nación y el nacionalismo en que se sustenta no se forma ni se transmite únicamente, ni siquiera de manera principal, a través del sistema escolar. Se trata de una representación social, elaborada y compartida de forma colectiva en la sociedad, que condiciona la percepción de la realidad y que por ello no es fácil de modificar. En una sociedad plural no es legítimo imponer un referente nacional obligatorio» (p. 158).

Aurora Rivière, por último, analiza —en el capítulo que lleva por título «Envejecimiento del presente y dramatización del pasado»— una historiografía que ha alcanzado un notable desarrollo a partir de la transición democrática: las síntesis históricas, de carácter básicamente divulgativo, de las Comunidades Autónomas españolas. Su lectura no supondrá, probablemente, ninguna sorpresa para el lector avisado sino que su interés reside, sobre todo, en documentar de manera fehaciente el paralelismo que existe en la reciente invención de las historias regionales y la que ha descrito J. Sisinio Pérez Garzón para la española durante el siglo XIX; cómo se ha tratado de configurar una nueva identidad a partir de similares elementos (raíces étnicas, la tierra, un pasado legitimador...).

«De la misma manera que para ser persona, también para ser Comunidad Autónoma hay necesidad de contarse. Como la hubo en el siglo pasado de contar la nación española. Igual que necesitaron narrarse, ya en sus finales y a comienzos de éste, distintas regiones y naciones en el interior del Estado. El mismo acto de contarse constituiría una manera básica de hacerse» (p. 216).

Estas historias regionales estudiadas por A. Rivière no deben ser confundidas con la presencia del referente histórico regional-autonómico en los manuales escolares de historia. En un estudio muy reciente se ha podido comprobar que en los textos de historia de la Educación Secundaria Obligatoria (en los de las cinco o seis principales editoriales, que son utilizados por más de un ochenta por ciento de los escolares españoles) tal referente regional, sin apenas excepciones, ronda el siete por ciento del conjunto de los contenidos temáticos de tales manuales. En los manuales de bachillerato tal proporción aún es mucho menor y, en algunas ocasiones, es nula, como, por ejemplo en los manuales de mayor uso en los institutos valencianos⁶.

Los autores de la obra reseñada no han eludido cierto tono polémico en su exposición, tal como J. Sisinio Pérez Garzón se encarga de subrayar en el epílogo titulado, significativamente, «Conclusiones para el debate, o epílogo sobre qué historia enseñar en España». El libro en su conjunto es una abierta invitación al debate en un momento en el que se diseña una reforma —o contrarreforma— de los programas escolares que el gobierno de turno trata de imponer desde el habitual

⁶ Estudio coordinado por el profesor Antoni Segura, catedrático de Historia contemporánea de la Universidad de Barcelona, de inmediata publicación.

autismo institucional. Pero no por ello es un libro de circunstancias u oportunista, ya que se basa en un sólido trabajo de documentación y de riguroso análisis. Seguramente algunas de sus tesis serán matizadas o reformuladas en el futuro, pero de lo que no me cabe duda es que cualquier investigación que pretenda hacerse a partir de ahora sobre historiografía y nacionalismo y sobre la enseñanza de la historia deberá tenerlo en cuenta.

Rafael Valls

Hilari RAGUER, *La pólvora y el incienso: La Iglesia y la guerra civil española (1936-39)*, Barcelona, Península, 2001, 478 pp.

En los últimos años la polémica sobre los procesos de canonización de los mártires de la guerra civil y sobre la conveniencia o oportunidad de «pedir perdón» por el papel jugado en la guerra, ha reavivado el interés historiográfico sobre la implicación de la Iglesia católica española en la guerra civil de 1936-39. Lógicamente se trata de una recuperación historiográfica teñida casi inevitablemente de ese contexto político en el que nace. Expresa de forma bastante clara hasta qué punto siguen vivas y abiertas cuestiones del pasado, como cuestiones políticas pendientes más que como asuntos estrictamente historiográficos.

En el caso de esta cuestión de la relación de la Iglesia con la guerra civil, la polémica tiene una doble dimensión, *ad intra* y *ad extra* de la Iglesia, que complica aún más la aproximación historiográfica al tema. Tanto la cuestión de los mártires como la petición de perdón son en primer lugar asuntos internos que afectan a la propia autocomprensión de la Iglesia católica española en relación con su presente y pasado más reciente, desde la guerra civil a la transición. Y parte de ese debate interno se expresa en el nivel historiográfico y teológico en las respectivas publicaciones, antiguas y recientes, de Álvarez Bolado, Hilari Raguier, Rodríguez Aisa, Cárcel Ortí, Gonzalo Redondo, Andrés Gallego, etc. De modo que para valorar adecuadamente estas publicaciones habría que insertarlas en ese contexto interno eclesial.

De otra parte, la historiografía «externa» no es tampoco neutral sino que hereda y proyecta viejas cuestiones pendientes, en parte redivivas, sobre el lugar y el papel de la Iglesia como obstáculo al proceso modernizador-secularizador, continuando con términos análogos el viejo debate clericalismo-anticlericalismo. Recientemente, en el contexto de los estudios sobre la violencia y las represiones en la guerra y la inmediata posguerra, el libro de Julián Casanova sobre *La Iglesia de Franco* expresa de forma clara esa deriva historiográfica, en forma de virulento «ajuste de cuentas» con la complicidad de la Iglesia. Así es que, tanto desde fuera como desde dentro, parece que nos encontramos aún lejos de un estudio sereno e imparcial sobre este tema. El debate político e ideológico sigue pesando notablemente en el estudio y sobre todo en la escritura de esta historia del «tiempo presente».

autismo institucional. Pero no por ello es un libro de circunstancias u oportunista, ya que se basa en un sólido trabajo de documentación y de riguroso análisis. Seguramente algunas de sus tesis serán matizadas o reformuladas en el futuro, pero de lo que no me cabe duda es que cualquier investigación que pretenda hacerse a partir de ahora sobre historiografía y nacionalismo y sobre la enseñanza de la historia deberá tenerlo en cuenta.

Rafael Valls

Hilari RAGUER, *La pólvora y el incienso: La Iglesia y la guerra civil española (1936-39)*, Barcelona, Península, 2001, 478 pp.

En los últimos años la polémica sobre los procesos de canonización de los mártires de la guerra civil y sobre la conveniencia o oportunidad de «pedir perdón» por el papel jugado en la guerra, ha reavivado el interés historiográfico sobre la implicación de la Iglesia católica española en la guerra civil de 1936-39. Lógicamente se trata de una recuperación historiográfica teñida casi inevitablemente de ese contexto político en el que nace. Expresa de forma bastante clara hasta qué punto siguen vivas y abiertas cuestiones del pasado, como cuestiones políticas pendientes más que como asuntos estrictamente historiográficos.

En el caso de esta cuestión de la relación de la Iglesia con la guerra civil, la polémica tiene una doble dimensión, *ad intra* y *ad extra* de la Iglesia, que complica aún más la aproximación historiográfica al tema. Tanto la cuestión de los mártires como la petición de perdón son en primer lugar asuntos internos que afectan a la propia autocomprensión de la Iglesia católica española en relación con su presente y pasado más reciente, desde la guerra civil a la transición. Y parte de ese debate interno se expresa en el nivel historiográfico y teológico en las respectivas publicaciones, antiguas y recientes, de Álvarez Bolado, Hilari Raguier, Rodríguez Aisa, Cárcel Ortí, Gonzalo Redondo, Andrés Gallego, etc. De modo que para valorar adecuadamente estas publicaciones habría que insertarlas en ese contexto interno eclesial.

De otra parte, la historiografía «externa» no es tampoco neutral sino que hereda y proyecta viejas cuestiones pendientes, en parte redivivas, sobre el lugar y el papel de la Iglesia como obstáculo al proceso modernizador-secularizador, continuando con términos análogos el viejo debate clericalismo-anticlericalismo. Recientemente, en el contexto de los estudios sobre la violencia y las represiones en la guerra y la inmediata posguerra, el libro de Julián Casanova sobre *La Iglesia de Franco* expresa de forma clara esa deriva historiográfica, en forma de virulento «ajuste de cuentas» con la complicidad de la Iglesia. Así es que, tanto desde fuera como desde dentro, parece que nos encontramos aún lejos de un estudio sereno e imparcial sobre este tema. El debate político e ideológico sigue pesando notablemente en el estudio y sobre todo en la escritura de esta historia del «tiempo presente».

El libro de Hilari Ragner, *La pólvora y el incienso*, que tanto el prologuista Preston como el propio autor sitúan como prolongación y culminación de aquel ensayo divulgativo al servicio de la transición democrática, *La Espada y la Cruz* (1977), se entiende en el contexto político arriba citado. El propio Hilari en la presentación de su libro hace un interesante recorrido autobiográfico de la trayectoria investigadora e intelectual que lo gesta: desde sus primeros trabajos en la Sorbona, en los años 60, sobre la Unió Democràtica de Catalunya, pasando por el ensayo de 1977, y las vicisitudes posteriores, ya durante la transición, para aclarar cuestiones y ampliar la base documental, en los archivos eclesiásticos, militares y de Exteriores. En esa misma autobiografía de la elaboración del libro, con referencias a los encuentros y desencuentros con otros investigadores, están las claves de la posición de Ragner en la polémica historiográfica y política arriba mencionada. En la entrevista a Hilari Ragner, publicada en Babelia, *El País*, 28-IV-2001, con ocasión de la publicación del libro, se plantean algunas de las principales cuestiones polémicas implícitas, como el componente anticatalanista de la Iglesia española identificada con el nacionalismo unitario español, o las dudosas razones «religiosas» de los mártires de la guerra, o el doble juego diplomático del Vaticano, y la diferente posición de la Jerarquía y el Vaticano en relación con la guerra, o sobre la sinceridad y oportunidad del intento de Negrín-Irujo de establecer un régimen de libertad religiosa en la Barcelona republicana.

Pero al margen del contexto polémico en el que hay que entender algunas de las tesis y juicios explícitos e implícitos en el libro, Hilari Ragner ofrece una síntesis muy útil para una aproximación general al tema y como punto de partida para futuros estudios. Se pueden encontrar algunas valoraciones más o menos «presentistas», pero el rigor con el que documenta los temas tratados cuestiona los planteamientos más polémicos de otros autores.

En un estilo narrativo claro y ameno, con buenas dosis de ironía, y siguiendo rigurosamente el hilo cronológico Hilari Ragner va repasando todas las cuestiones relacionadas con el tema: la inicial ausencia de motivaciones y objetivos religiosos en el pronunciamiento militar, la aparición y cristalización temprana de la guerra como cruzada, las iniciales y prolongadas reticencias vaticanas a seguir la posición mayoritaria de la Jerarquía española, la implicación del Vaticano en el proceso de internacionalización de la guerra española, y especialmente en la cuestión del clero vasco, la doble política vaticana en su relación respectiva con los gobiernos republicanos y de Franco, la violencia anticlerical y la complicidad del clero en la violencia y represión de los «cruzados».

Una de las mejores aportaciones de Ragner es la consideración cronológica de las diversas cuestiones. Queda claro que cualquiera de ellas ha de ser contextualizada y seguida en su tiempo preciso. El tiempo corto de la guerra no ha de ser considerado en su conjunto. Los numerosos estudios sobre la violencia precisamente han insistido en lo que ya Ragner había planteado en 1977: el carácter cíclico además de fundamentalmente descontrolado de la violencia anticlerical, abrumadoramente concentrado en el verano del 36 (lo que Julián Casanova llama el «terror caliente»). Igual se puede decir en relación con el análisis de la

postura vaticana, que evoluciona al compás de la situación bélica y del contexto internacional.

La mayor parte de estas cuestiones estaban ya planteadas con perfiles análogos en el ensayo de 1977, o habían sido anticipadas en diversos artículos en revistas especializadas. Por tanto, el libro, en buena medida, es la síntesis actualizada y muy ampliada con nuevas aportaciones documentales, del ensayo citado *La espada y la cruz*; y, en este sentido, invita a una reflexión sobre las continuidades y cambios en el tratamiento historiográfico del tema. Hilari Raguer permanece esencialmente fiel a sus iniciales puntos de vista, que partían de una revisión postconciliar (Vaticano II), del papel de la Iglesia católica en general y la española en particular ante el mundo moderno y ante el proceso secularizador. En esa revisión Hilari Raguer enlazaba (y recuperaba) una tradición católica democrática, minoritaria, y sobre todo catalana, respetuosa con la República. La representada por el grupo «El Matí» y los contactos españoles y catalanes con Don Sturzo; la que protagonizó de forma relevante el cardenal Vidal y Barraquer durante la República y en el exilio; la que interpretó a posteriori el canónigo de Barcelona Carles Cardó en *Las dues tradicions. Historia espiritual de les Espanyes* (Edición francesa de 1946 y edición catalana en Claret de 1977, salvo el capítulo último «El gran refus», no publicado, por reserva expresa de su autor, hasta 1994).

De acuerdo con esa fidelidad Hilari Raguer sale al paso, de forma bastante explícita, de otras revisiones más recientes, hechas desde otra perspectiva, sobre los mártires de la guerra, y en general sobre la comprensión y justificación de la fuerte implicación de la Iglesia frente a la hostilidad de los políticos republicanos y la violencia popular. En este sentido el libro de Hilari introduce un elemento rectificador en relación con las últimas interpretaciones, especialmente las de Vicente Cárrel Ortí, sobre la persecución religiosa y la violencia anticlerical; y, en cambio, conecta con los estudios de Julio de la Cueva sobre el mismo tema, asumiendo autocríticamente la responsabilidad de la Iglesia en la radicalización del conflicto y sobre todo, en la represión de los vencedores. Evidentemente se trata de una revisión autocrítica más eclesial y teológica, desde la teología del Vaticano II, que propiamente historiográfica. Aunque en su perspectiva historiográfica, como en la de los otros, estos dos niveles sean muy difíciles de separar.

Feliciano Montero

AIZPURU MURUA, Mikel, *El Partido Nacionalista Vasco en Guipúzcoa (1893-1923): orígenes, organización y actuación política*, Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco, Bilbao, 2000, 510 pp.

La historiografía sobre el nacionalismo vasco goza de una excelente salud. No en vano el nacionalismo ha sido uno de los grandes temas de la historiografía vasca durante las tres últimas décadas. Las principales aportaciones de los últimos años se han producido en dos líneas diferentes, pero complementarias. Por

postura vaticana, que evoluciona al compás de la situación bélica y del contexto internacional.

La mayor parte de estas cuestiones estaban ya planteadas con perfiles análogos en el ensayo de 1977, o habían sido anticipadas en diversos artículos en revistas especializadas. Por tanto, el libro, en buena medida, es la síntesis actualizada y muy ampliada con nuevas aportaciones documentales, del ensayo citado *La espada y la cruz*; y, en este sentido, invita a una reflexión sobre las continuidades y cambios en el tratamiento historiográfico del tema. Hilari Raguer permanece esencialmente fiel a sus iniciales puntos de vista, que partían de una revisión postconciliar (Vaticano II), del papel de la Iglesia católica en general y la española en particular ante el mundo moderno y ante el proceso secularizador. En esa revisión Hilari Raguer enlazaba (y recuperaba) una tradición católica democrática, minoritaria, y sobre todo catalana, respetuosa con la República. La representada por el grupo «El Matí» y los contactos españoles y catalanes con Don Sturzo; la que protagonizó de forma relevante el cardenal Vidal y Barraquer durante la República y en el exilio; la que interpretó a posteriori el canónigo de Barcelona Carles Cardó en *Las dues tradicions. Historia espiritual de les Espanyes* (Edición francesa de 1946 y edición catalana en Claret de 1977, salvo el capítulo último «El gran refus», no publicado, por reserva expresa de su autor, hasta 1994).

De acuerdo con esa fidelidad Hilari Raguer sale al paso, de forma bastante explícita, de otras revisiones más recientes, hechas desde otra perspectiva, sobre los mártires de la guerra, y en general sobre la comprensión y justificación de la fuerte implicación de la Iglesia frente a la hostilidad de los políticos republicanos y la violencia popular. En este sentido el libro de Hilari introduce un elemento rectificador en relación con las últimas interpretaciones, especialmente las de Vicente Cárrel Ortí, sobre la persecución religiosa y la violencia anticlerical; y, en cambio, conecta con los estudios de Julio de la Cueva sobre el mismo tema, asumiendo autocríticamente la responsabilidad de la Iglesia en la radicalización del conflicto y sobre todo, en la represión de los vencedores. Evidentemente se trata de una revisión autocrítica más eclesial y teológica, desde la teología del Vaticano II, que propiamente historiográfica. Aunque en su perspectiva historiográfica, como en la de los otros, estos dos niveles sean muy difíciles de separar.

Feliciano Montero

AIZPURU MURUA, Mikel, *El Partido Nacionalista Vasco en Guipúzcoa (1893-1923): orígenes, organización y actuación política*, Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco, Bilbao, 2000, 510 pp.

La historiografía sobre el nacionalismo vasco goza de una excelente salud. No en vano el nacionalismo ha sido uno de los grandes temas de la historiografía vasca durante las tres últimas décadas. Las principales aportaciones de los últimos años se han producido en dos líneas diferentes, pero complementarias. Por

un lado, se ha avanzado en el terreno de la síntesis, en el empeño de establecer con precisión, de manera global y sintética, lo que sabemos tras años de investigación. *El péndulo patriótico* de los profesores Mees, De Pablo y Rodríguez Ranz responde a ese objetivo. Ofrece, por primera vez, una historia completa del PNV —principal manifestación política del nacionalismo vasco—, al tiempo que profundiza en temas hasta ahora desatendidos, utilizando nuevas fuentes documentales. En otra línea, continúan publicándose investigaciones monográficas sobre el nacionalismo vasco de un período y/o de un ámbito geográfico concreto. El estudio de Josu Chueca sobre *El Nacionalismo Vasco en Navarra (1931-1936)* es un ejemplo de este tipo de trabajos. En este mismo campo debemos situar este libro del profesor Mikel Aizpuru sobre el Partido Nacionalista Vasco en la Guipúzcoa de la Restauración, que recoge el resultado de una larga investigación presentada como tesis doctoral en julio del año 2000.

El trabajo de Aizpuru parte de un profundo conocimiento de la historiografía del nacionalismo vasco y, sobre todo, de sus carencias y desequilibrios. Uno de estos vacíos historiográficos es la ausencia de investigaciones monográficas sobre el nacionalismo vasco en Guipúzcoa, a diferencia de lo que ocurre en los casos de Álava y Navarra, estudiados por S. de Pablo y J. Chueca respectivamente. El nacionalismo en Guipúzcoa ha quedado, hasta ahora, asimilado al modelo vizcaíno dominante y referencia principal de los estudios de carácter general. Una de las principales aportaciones de este libro es precisamente probar la distorsión de esa visión reduccionista y mostrar los perfiles propios del nacionalismo vasco en Guipúzcoa.

El punto de partida de la investigación es el proceso de modernización de la sociedad guipuzcoana de finales del siglo XIX y primeras décadas del XX. Un proceso de industrialización y transformación social que, como hace años mostraron en sendas investigaciones los profesores Luis Castells y Félix Luengo, se distingue del caso vizcaíno. Una industrialización más pausada, basada en la pequeña y mediana empresa, un crecimiento urbano equilibrado, con escasa inmigración, conformaron también un tipo de sociedad diferente a la vizcaína, de forma que en la sociedad guipuzcoana de la Restauración se mezclaban sin grandes traumas ni tensiones elementos modernos con pervivencias tradicionales. Esta sociedad que era diferente a la vizcaína difundió y *metabolizó* el nacionalismo de una forma también singular. Frente al *bizkaitarrismo* agónico y radical, Aizpuru nos presenta un nacionalismo en Guipúzcoa con perfiles propios: orientado hacia el terreno cultural, más que hacia las tareas estrictamente políticas; un nacionalismo que hace del euskera el factor central de nacionalidad, dejando en un lugar secundario la cuestión de la raza; un nacionalismo basado en la defensa tradicionalista de la foralidad mitificada, la religión, la moralidad y la pureza de las costumbres.

Para llegar a esta conclusión central, el libro de Aizpuru reconstruye previamente el origen del Partido Nacionalista Vasco en Guipúzcoa y analiza minuciosamente la evolución del PNV en Guipúzcoa hasta el golpe de Primo de Rivera. Una detallada narración nos conduce, en sucesivos capítulos, por las diversas etapas del nacionalismo en la provincia. En primer lugar, los antece-

dentes del nacionalismo vasco, vinculados a la exaltación fuerista finisecular. Esta etapa se extiende hasta 1908, año en que se eligió el primer *Gipuzkoa Buru Batzar*. El núcleo originario del nacionalismo en Guipúzcoa estuvo constituido por un grupo de antiguos afiliados al partido integrista, que se agruparon en torno al periódico *El Fuerista*, cuyo discurso es analizado en profundidad. Después, el libro analiza la etapa de consolidación del nacionalismo vasco entre 1908 y 1915, cuando el PNV adquiere una mayor presencia en la vida política local y provincial. El tercer capítulo estudia el período 1916-1923, definido por el autor como la etapa de expansión del nacionalismo guipuzcoano. Son tiempos de crecimiento electoral y de creciente presencia nacionalista en la vida política guipuzcoana, aunque sin capacidad todavía para convertirse en alternativa a los partidos tradicionales. Por último, el libro del profesor Aizpuru analiza minuciosamente la vida política provincial y las elecciones hasta 1923, prestando especial atención a la gestión política nacionalista en la Diputación y en los ámbitos municipales.

Hablábamos antes de los avances de la historiografía sobre el nacionalismo vasco, pero también de algunos de sus desequilibrios. Entre éstos cabe destacar el predominio abrumador de estudios de carácter político e ideológico, en detrimento de los análisis sociales y culturales del nacionalismo vasco. Consciente de ello, Aizpuru plantea su investigación con la voluntad de ir más allá de la historia de las ideas y organizaciones, para afrontar un estudio del nacionalismo en tanto que movimiento social. Con meridiana claridad expresa el autor su opción historiográfica al afirmar en su introducción al libro que «la historiografía del nacionalismo tiene que orientarse hacia nuevas direcciones, desplazando el centro de atención desde la ideología y los textos al movimiento, desde los cuadros dirigentes a las bases y desde los discursos oficiales a las expectativas y las prácticas de los militantes». Aplicando este nuevo enfoque el autor alcanza conclusiones de interés, especialmente en lo referente a las bases sociales del nacionalismo. Nos presenta así un movimiento de carácter interclasista en el que predominan las clases medias-bajas guipuzcoanas. Empleados, artesanos, trabajadores manuales y campesinos constituyeron el grueso de los seguidores del nacionalismo vasco en Guipúzcoa. Desde el punto de vista generacional el movimiento nacionalista tuvo un mayor difusión entre los jóvenes. Territorialmente, el nacionalismo arraigó de forma preferente en las zonas más dinámicas desde un punto de vista socioeconómico y demográfico. En esa misma línea, el libro de Aizpuru analiza también los mecanismos de difusión del nacionalismo y las prácticas de los militantes nacionalistas: la acción cultural y organizativa, el desarrollo del folklore, el excursionismo, el teatro, los batzokis... En definitiva, nos encontramos ante un excelente trabajo que completa nuestros conocimientos sobre el nacionalismo vasco, al tiempo que incorpora un nuevo enfoque. Por un lado muestra los caracteres específicos de este movimiento político en Guipúzcoa. Y, por otro, plantea el estudio del nacionalismo vasco desde una nueva perspectiva social y cultural, tradicionalmente desatendida.

LUIS GÓMEZ, Alberto, *La enseñanza de la Historia ayer y hoy*, Diada Editora, Sevilla, 2000, 192 pp.

Algún lector que se tope de forma casual con esta publicación pudiera pensar que se ha publicado un libro más —uno más, por si no eran pocos...— sobre la enseñanza de la Historia. Ninguna impresión sería más desacertada que ésta, ya que nos encontramos ante un excelente libro sobre el aprendizaje y enseñanza de la Historia, escrito por una persona que demuestra un saber poco común —algunas veces, referido a ciertos asuntos, entra la tentación de decir que casi enciclopédico— sobre un tema muy manido en estos últimos años, sobre todo, en los medios de comunicación, pero también en otras publicaciones de muy variada índole e interés. Insisto: hay mucho que le diferencia a este libro del aluvión de publicaciones que han visto la luz en los años pasados en torno a la didáctica de la Historia. De hecho, el autor no entra en cuestiones episódicas y ha escrito, de este modo, un libro que tiene más relación con el saber académico no coyuntural que con demandas inmediatas del mercado editorial. Ello, evidentemente, le honra.

Pero, claro está, no es sólo la intención lo que marca positivamente la diferencia en este libro frente a otras publicaciones coetáneas con tema similar, sino su rigor basado, entre otras cosas, en su origen. Se nota en el libro que fue concebido como una —brillante, por otra parte— memoria de oposición, que suele ser uno de los momentos en que los profesores universitarios nos vemos forzados a expresar por escrito nuestros saberes sobre la disciplina que profesamos. A veces esta coyuntura induce a que aparezcan plúmbeos libros que sólo demuestran una agregación de conocimientos indigestos. No es éste el caso, como ya se ha dicho. Se advierte aquí que la maduración de lecturas sobre el tema ha sido lenta y nada precipitada de manera que el lector cuenta con una valiosa síntesis de muchos trabajos, publicados en diversos idiomas y no siempre muy accesibles.

En realidad, poco —o casi nada, estamos a punto de decir— de lo que conteniendo algún interés se ha publicado sobre enseñanza de la Historia en España se le ha escapado a la lectura de L. A. Gómez y ha quedado convenientemente incorporado a estas páginas. Además, el autor conoce de forma muy notable también lo mejor de la bibliografía inglesa al respecto, lo que redundará en los méritos del libro. Habrá que recordar que las reformas sobre la Enseñanza de la Historia en nuestro país en la pasada década pasaron por la asunción, demasiado acrítica en muchas ocasiones, de aquellos planteamientos británicos de la llamada *New History* en la enseñanza de la Historia, que, por cierto, tuvo también numerosos puntos en común con lo que fue conocido en la fuente disciplinar, esto es en la historiografía, como *Nouvelle Histoire*.

Quizás una de las objeciones que se puedan hacer a este trabajo sea la postura aparentemente neutral del autor sobre problemas aquí planteados, aunque el lector bien informado puede percatarse perfectamente de cuáles deben ser las opiniones y valoraciones muy personales del autor sobre los temas que ocupan su atención, pese a que tienda a refugiarse en cierto distanciamiento académico. Recordando lo arriba escrito, puede que ello no sea más que una consecuencia de su origen derivado de una oposición a cátedra.

Puestos a buscar hipotéticas carencias en el libro y siendo preferentemente uno de los sectores a los que hay que presumir como destinatarios de esta publicación al formado por los profesores de Historia en Secundaria, se echa en falta, desde mi particular punto de vista, una cierta atención a los resultados prácticos de la Nueva Historia que se intenta defender como clave maestra del currículo en nuestra disciplina enseñada en Secundaria. Falta, en mi opinión, el dedicar alguna atención a las amargas reflexiones de los docentes en torno a las consecuencias causadas, no sólo, pero sí entre otras, por la introducción de la *New History* británica en la enseñanza de la Historia en España. Como estoy seguro de que son cuestiones muy conocidas por el autor del libro habrá que convenir en que habrá habido poderosas razones para que se haya colocado «au dessus de la melee» y se haya centrado en cuestiones estrictamente académicas, dejando de lado el notable malestar que existe hoy en las aulas de Historia tanto por docentes como por discentes para otra ocasión.

Al margen de lo anterior, no cabe sino recomendar su lectura no sólo a los docentes de Secundaria, sino también a los colegas de la Enseñanza Universitaria que no piensen alegremente —y erróneamente, ¡como no!— que estas cuestiones no van con ellos. Seguro que su lectura viene bien a los profesores universitarios de Historia que no estén al tanto de las polémicas bien conocidas por los docentes de Ciencias Sociales en Secundaria. El talante académico del libro le hace especialmente atractivo a esos docentes universitarios que aquí encontrarán una síntesis de todo lo que conteniendo algún interés que —casi estoy tentado a decir por lo menos, desde Altamira— hasta hoy se ha escrito sobre el asunto en España y se enterarán de polémicas británicas que adelantaron hace un par de décadas cuestiones que hoy aquí, en nuestro país, quedan por ventilar.

En fin, se trata de un libro muy sensato escrito en relación con un tema donde se han dicho muchas cosas atractivas, pero carentes de sentido común. Este mérito, no menor del libro, debe ser destacado en esta recapitulación final. Y ello porque han proliferado demasiados dictámenes extremos tanto de un bando como de otro —esto es, conservadores frente a *New Historians*— en un tema al que viene bien un tratamiento desapasionado, distanciado y riguroso de un libro excepcionalmente bien informado y argumentado como es el que aquí comentamos.

Juan Gracia Cárcamo

UGARTE, Javier (ed.), *La transición en el País Vasco y España. Historia y memoria*, Bilbao, UPV-EHU, 1998, 282 pp.

Entre los vigésimos aniversarios de la muerte del dictador y de la aprobación en referéndum de la Constitución se han sucedido multitud de publicaciones, debates, series de televisión, etcétera, que intentaban explicar el proceso social y político que nos llevó de una dictadura de cuarenta años a la democracia. Pero nos da la impresión de que muchos de estos libros o bien buscan elevar a los alta-

Puestos a buscar hipotéticas carencias en el libro y siendo preferentemente uno de los sectores a los que hay que presumir como destinatarios de esta publicación al formado por los profesores de Historia en Secundaria, se echa en falta, desde mi particular punto de vista, una cierta atención a los resultados prácticos de la Nueva Historia que se intenta defender como clave maestra del currículo en nuestra disciplina enseñada en Secundaria. Falta, en mi opinión, el dedicar alguna atención a las amargas reflexiones de los docentes en torno a las consecuencias causadas, no sólo, pero sí entre otras, por la introducción de la *New History* británica en la enseñanza de la Historia en España. Como estoy seguro de que son cuestiones muy conocidas por el autor del libro habrá que convenir en que habrá habido poderosas razones para que se haya colocado «au dessus de la melee» y se haya centrado en cuestiones estrictamente académicas, dejando de lado el notable malestar que existe hoy en las aulas de Historia tanto por docentes como por discentes para otra ocasión.

Al margen de lo anterior, no cabe sino recomendar su lectura no sólo a los docentes de Secundaria, sino también a los colegas de la Enseñanza Universitaria que no piensen alegremente —y erróneamente, ¡como no!— que estas cuestiones no van con ellos. Seguro que su lectura viene bien a los profesores universitarios de Historia que no estén al tanto de las polémicas bien conocidas por los docentes de Ciencias Sociales en Secundaria. El talante académico del libro le hace especialmente atractivo a esos docentes universitarios que aquí encontrarán una síntesis de todo lo que conteniendo algún interés que —casi estoy tentado a decir por lo menos, desde Altamira— hasta hoy se ha escrito sobre el asunto en España y se enterarán de polémicas británicas que adelantaron hace un par de décadas cuestiones que hoy aquí, en nuestro país, quedan por ventilar.

En fin, se trata de un libro muy sensato escrito en relación con un tema donde se han dicho muchas cosas atractivas, pero carentes de sentido común. Este mérito, no menor del libro, debe ser destacado en esta recapitulación final. Y ello porque han proliferado demasiados dictámenes extremos tanto de un bando como de otro —esto es, conservadores frente a *New Historians*— en un tema al que viene bien un tratamiento desapasionado, distanciado y riguroso de un libro excepcionalmente bien informado y argumentado como es el que aquí comentamos.

Juan Gracia Cárcamo

UGARTE, Javier (ed.), *La transición en el País Vasco y España. Historia y memoria*, Bilbao, UPV-EHU, 1998, 282 pp.

Entre los vigésimos aniversarios de la muerte del dictador y de la aprobación en referéndum de la Constitución se han sucedido multitud de publicaciones, debates, series de televisión, etcétera, que intentaban explicar el proceso social y político que nos llevó de una dictadura de cuarenta años a la democracia. Pero nos da la impresión de que muchos de estos libros o bien buscan elevar a los alta-

res a una pretendida legión de «protagonistas de la transición», o bien justificar acriticamente nuestro actual sistema político. Sin embargo, creemos que el libro que pasamos a comentar huye de estos vicios.

La obra es el reflejo impreso del «Simposio Histórico sobre la Transición» celebrado en Vitoria-Gasteiz en julio de 1996. Este simposio fue organizado por el Instituto Universitario de Historia Social «Valentín de Foronda», dependiente de la Universidad del País Vasco. Sin lugar a dudas, en estos datos podemos hallar la razón por la cual este libro consigue escapar de esos vicios que achacábamos a otras obras publicadas en fechas cercanas. En primer lugar, el hecho de ser un simposio permite el contraste de diferentes interpretaciones sobre la transición en España y en el País Vasco. Es más, no sólo podemos encontrar diferentes y diversas interpretaciones científicas, sino que también aparecen ante nuestros ojos las opiniones de algunos destacados testigos del proceso (no es necesario presentar a figuras como S. Carrillo, M. Onaindía, G. Cisneros, M. Unzueta o A. Marco Tabar), ya sea desde la perspectiva general española, ya sea desde la más particular (en todos los sentidos) vasca. Nos parece una feliz idea comparar la *historia* de la transición; esto es, las interpretaciones científicas que nos aportan los historiadores, con los recuerdos, la *memoria*, de los que la vivieron en primera fila, tanto en los aledaños de la dictadura como en la más radical oposición a la misma.

La estructura del libro responde escrupulosamente a aquello que nos anuncia el título del mismo. El libro está dividido en las siguientes cuatro partes: *La transición española en la historia*; *La transición en el País Vasco*; *Memoria de la transición* y *Comunicaciones y resúmenes*. Los artículos están firmados por autores de primera fila en la historiografía y política tanto del País Vasco como del conjunto de España.

Sería muy pesado; y por otro lado inútil, intentar dar un repaso a todo lo que podemos encontrar en el libro, así pues destacaremos unas virtudes que consideramos generales para toda la obra, y a continuación nos centraremos muy someramente en algunas ideas vertidas en el libro que nos han llamado poderosamente la atención. Para señalar estas virtudes podemos decir que los autores nos han presentado un libro que nos aporta rigor en la interpretación de la transición; alejándose de ciertos tópicos en torno a la dictadura, la oposición y el propio proceso de cambio hacia nuestra democracia. Además, me gustaría destacar la capacidad de síntesis que han demostrado los autores. Finalmente, hemos de señalar que este es un libro muy sugestivo. Estamos convencidos que uno de los mejores elogios que se pueden hacer a cualquier libro científico (de cualquier ciencia) es que nos sugiera preguntas y nos abra caminos de investigación sobre el tema del libro.

De entre las aportaciones que han llamado nuestra atención, destacamos, por ejemplo, la que ofrece J. Casanova en «¿España como modelo de cambio?», donde señala que una de las principales diferencias de la transición española con las desarrolladas en otros países de nuestro continente y del sur de América es que desde los resortes del poder; el Rey y el presidente del gobierno Suárez; se empujó decidida y decisivamente al proceso, es más una institución marcadamente franquista como eran las Cortes se «suicidaron».

Santos Juliá, por su parte, en «Condiciones sociales de la transición a la democracia en España» compara la situación de las clases sociales españolas ante la transición de 1931 y la de 1975-78. En primer lugar, ataca varios mitos sobre el atraso social y económico de la España que alumbró a la II República, y por otro lado nos explica cómo el comportamiento de los trabajadores favoreció la consolidación de nuestra democracia, ya que se alejaron claramente de posturas antisistema y, las más de las veces, estériles.

Finalmente, nos gustaría destacar algunas de las aportaciones de Manuel Montero en «La transición y la autonomía vasca». Montero nos recuerda, por un lado que la Guerra Civil también fue una guerra entre vascos (no hay que olvidar el papel de las tropas carlistas navarras en el bando sublevado). Por otro lado, analiza cómo el franquismo impulsó la segunda industrialización vasca, pero reprimió su tradición política: socialismo y nacionalismo. Y para acabar, debemos recordar que la transición, la constitución y el estatuto de Gernika contaron con un apoyo popular estimable tanto en la actual Comunidad Autónoma Vasca como en Navarra.

Juan María Carreño Díaz

Carlos BARROS (ed.), *Actas del Segundo Congreso de «Historia a debate»*, La Coruña, 2000, 3 vols.

Entre los historiadores, la reflexión historiográfica ha llegado a convertirse en los últimos años en un auténtico género o tema relativamente autónomo. Creemos no exagerar ni un ápice si afirmamos que el presente texto constituye la más ambiciosa de todas las aportaciones de carácter colectivo sobre dicha materia editadas en España hasta la fecha. Las actas son el resumen del Congreso internacional que tuvo lugar en Santiago de Compostela hace algo más de dos años (junio de 1999), del cual, hasta ahora, sólo se disponía del *Libro de abstracts* repartido por los organizadores, y que recoge nada menos que 236 resúmenes de intervenciones —nos hemos tomado la molestia contarlos—, entre ponencias, comunicaciones y comentarios en mesas redondas. Tal volumen de material requería una selección acorde con la coherencia del grupo «Historia a debate», y estas actas constituyen la respuesta.

Acerca de este colectivo, que viene sosteniendo y ampliando el profesor de la universidad de Santiago, Carlos Barros, no es necesario una presentación compleja. Sin embargo, conviene mencionar algunos antecedentes y resultados para comprender mejor esa novedad a la que aludimos: el primero es que «Historia a debate» nació de un primer Congreso internacional celebrado en Santiago de Compostela en 1993 —las actas se publicaron en 1995—, lo que coincide aproximadamente con el período en que muchos historiadores españoles han experimentado un notable deseo de conocimiento de las corrientes historiográficas foráneas y necesidad de autorreflexión (este período abarca, *grosso modo*, desde

Santos Juliá, por su parte, en «Condiciones sociales de la transición a la democracia en España» compara la situación de las clases sociales españolas ante la transición de 1931 y la de 1975-78. En primer lugar, ataca varios mitos sobre el atraso social y económico de la España que alumbró a la II República, y por otro lado nos explica cómo el comportamiento de los trabajadores favoreció la consolidación de nuestra democracia, ya que se alejaron claramente de posturas antisistema y, las más de las veces, estériles.

Finalmente, nos gustaría destacar algunas de las aportaciones de Manuel Montero en «La transición y la autonomía vasca». Montero nos recuerda, por un lado que la Guerra Civil también fue una guerra entre vascos (no hay que olvidar el papel de las tropas carlistas navarras en el bando sublevado). Por otro lado, analiza cómo el franquismo impulsó la segunda industrialización vasca, pero reprimió su tradición política: socialismo y nacionalismo. Y para acabar, debemos recordar que la transición, la constitución y el estatuto de Gernika contaron con un apoyo popular estimable tanto en la actual Comunidad Autónoma Vasca como en Navarra.

Juan María Carreño Díaz

Carlos BARROS (ed.), *Actas del Segundo Congreso de «Historia a debate»*, La Coruña, 2000, 3 vols.

Entre los historiadores, la reflexión historiográfica ha llegado a convertirse en los últimos años en un auténtico género o tema relativamente autónomo. Creemos no exagerar ni un ápice si afirmamos que el presente texto constituye la más ambiciosa de todas las aportaciones de carácter colectivo sobre dicha materia editadas en España hasta la fecha. Las actas son el resumen del Congreso internacional que tuvo lugar en Santiago de Compostela hace algo más de dos años (junio de 1999), del cual, hasta ahora, sólo se disponía del *Libro de abstracts* repartido por los organizadores, y que recoge nada menos que 236 resúmenes de intervenciones —nos hemos tomado la molestia contarlos—, entre ponencias, comunicaciones y comentarios en mesas redondas. Tal volumen de material requería una selección acorde con la coherencia del grupo «Historia a debate», y estas actas constituyen la respuesta.

Acerca de este colectivo, que viene sosteniendo y ampliando el profesor de la universidad de Santiago, Carlos Barros, no es necesario una presentación compleja. Sin embargo, conviene mencionar algunos antecedentes y resultados para comprender mejor esa novedad a la que aludimos: el primero es que «Historia a debate» nació de un primer Congreso internacional celebrado en Santiago de Compostela en 1993 —las actas se publicaron en 1995—, lo que coincide aproximadamente con el período en que muchos historiadores españoles han experimentado un notable deseo de conocimiento de las corrientes historiográficas foráneas y necesidad de autorreflexión (este período abarca, *grosso modo*, desde

finales de los años ochenta hasta mediados de los noventa¹). En segundo lugar, que los organizadores de aquel Primer Congreso han impulsado desde entonces una serie de iniciativas que pueden seguirse en www.h-debate.com, página donde se alienta un auténtico foro virtual de carácter internacional y se mantienen abiertos diversos debates paralelos y permanentes (algún día también habrán de realizarse el balance o la reseña de esos intercambios de opiniones). En tercer lugar interesa recordar que la iniciativa más reciente del colectivo «Historia a debate» consiste, precisamente, en la publicación en la red de un *Manifiesto* (11-9-2001), construido sobre un sólido conocimiento de la actual situación de la historia a escala internacional, firmado por 23 profesores europeos y americanos, que se invita a suscribir y difundir a quien lo desee. En todas estas iniciativas, los impulsores de «Historia a debate» nunca han ocultado que no se conforman con un simple examen del pensamiento histórico o una mera historia de la historiografía. Pretenden tomar el pulso a la situación actual de la disciplina histórica y hallar el modo de influir sobre ella.

Evidentemente el contenido de las actas del Segundo Congreso guarda relación con el de los volúmenes publicados en 1995. En ambos se aprecian problemas y referencias comunes sobre epistemología y «filosofía interpretativa» de la historia. Sin embargo, las actas ahora publicadas responden a un objetivo diferente y tienen también diferencias formales notorias:

El Primer Congreso de «Historia a debate» puede ser considerado como una «toma de contacto» con la actual situación de la historia. Fue organizado con un doble objetivo: valorar el papel de las «nuevas historias», nacidas en los años setenta, y relacionar algunas de sus conclusiones más inquietantes con el panorama político internacional coetáneo. Éste se hallaba aún bajo el efecto sorpresa causado por caída del imperio soviético, y bajo la todavía más sorprendente polémica desatada por las conclusiones sobre «el fin de la historia» que formulara Francis Fukuyama en 1989. Para cubrir esas expectativas y actividades entonces fueron llamados dos decenas, aproximadamente, de historiadores extranjeros de renombre internacional, destacados por sus inquietudes y reflexiones sobre la historia. Éstos procuraron suscitar «dudas, desafíos y propuestas», como rezaba el título de una de las intervenciones de Roger Chartier, pero tuvieron una participación desigual y se limitaron a presentar opiniones que ya eran relativamente conocidas. La acogida dispensada por los historiadores españoles fue positiva, pero al mismo tiempo también equívoca: los más conocidos por sus reflexiones o los más inquietos, por aquel entonces, no desaprovecharon la ocasión para volver a manifestar de nuevo sus puntos de vista o para mostrar su interés. Así, en las actas de 1995 podemos hallar un auténtico abanico de artículos de presentación de esas «nuevas historias» que van desde la «historia de las mentalidades», la «historia intelectual y el giro lingüístico», o la «microhistoria», pasando por la «historia de la familia», la sociología y la antropología históricas, «historia y psicología» o la

¹ Tema planteado por M.A. MARÍN GELABERT: «Ayer. Luces y sombras del contemporaneísmo español», *Ayer*, 41(2001): 225-227.

biografía. Los problemas teóricos más abordados fueron el futuro de los *Annales* y el significado del «*tournant critique*», el papel del marxismo, la influencia del postmodernismo en la historiografía, y el problema de si existe una «crisis de la historia». No faltó, además, un apartado dedicado a la «historia enseñada», y, además, puede verse el reflejo del impacto de las «nuevas historias» entre jóvenes investigadores españoles. Los organizadores, por su parte, procuraron ser fieles a todo ese ingente material e interés haciendo un enorme esfuerzo de edición y publicándolo al completo, salvo los resultados de las mesas de debate, que sólo pudieron ser recogidos en parte. En total, seis volúmenes.

El Segundo Congreso representa un notable esfuerzo de ir más allá y precisar cuáles son las nuevas inquietudes surgidas en los años noventa o que no se habían definido hasta entonces. El objetivo podría resumirse diciendo que se propone una historia sustentada en un amplio compromiso social del historiador, capaz de recrear una perspectiva global; una propuesta que valora favorablemente ciertos aspectos de las «nuevas historias» y rechaza la oleada «positivista» acontecida en los años noventa (Carlos Barros, I: 153-173). Se hacen votos en favor de una «historia global» basada, precisamente, en la crítica del sentido «presentista» («el presente perpetuo», que menciona uno de los participantes, Jerome Baschet, I: 312) que parece ser el rasgo más importante de las doctrinas y justificaciones de la «globalización».

Además de este objetivo, este Segundo Congreso tuvo una característica perfectamente reflejada en las actas: los historiadores conocidos internacionalmente se redujeron a los nombres de Jacques Revel, Georg. G. Iggers, Ciro F. Cardoso, Enrique Florescano o François Dosse, un pequeño número, en suma, que presentó trabajos auténticamente novedosos y mucho más elaborados que los de las figuras presentes en el Primer Congreso. Junto a esos autores muy conocidos, estuvo presente un elevado número de historiadores —con una importante presencia de españoles y latinoamericanos— en los que se compaginaba el anonimato con un auténtico interés por participar no sólo como comunicantes, sino también como intervinientes de las mesas redondas. Este hecho, que no ha pasado desapercibido a los observadores —se destaca con frecuencia en las treinta reseñas que se hicieron de este Congreso—, es sobre todo una muestra de que la reflexión historiográfica es una tendencia internacional: un fenómeno no limitado a una serie de grandes figuras que publican en las revistas de las áreas francófona y anglosajona, sino algo mucho más extendido de lo que parece. ¿Giro filosófico?, ¿relevo generacional?, ¿crisis de la historia? Lo cierto es que los organizadores del Segundo Congreso, conscientes de que ese interés por la reflexión viene «desde abajo», decidieron organizar las actas en tres volúmenes, procedieron a una escrupulosa selección de los artículos más innovadores y dedicaron una tercera parte de dichos volúmenes a transcribir en su totalidad los debates de las mesas.

En las actas del Segundo Congreso se realizan diversos recorridos por la historiografía de las últimas décadas, que normalmente adoptan una amplia perspectiva de historia de la historiografía. Hall S. Barron, por ejemplo, repasa la actual diversidad de la historia social que se escribe en los Estados Unidos, que se remonta a los años sesenta (I: 51-59); Sergio Guerra presenta una panorámica de la

reciente historiografía latinoamericana, y hace referencia a las «diversas posiciones políticas e ideológicas» de los historiadores, los cuales coinciden, sin embargo, en mostrarse «disconformes con la historiografía anterior (la «positivista») y pretenden alcanzar una visión totalizadora de la sociedad» (I: 105). Mención especial merece, en nuestra opinión, el trabajo de Robert Bonnaud. Éste realiza un sugerente examen del modo en que los principales temas «sesentaiochistas» han impactado en la historiografía francesa de los años setenta a noventa, y han ayudado al auge de la misma (I: 181-190). No menos importante es el trabajo de Francisco Vázquez sobre las vicisitudes de la historia social en España de las dos últimas décadas, en el cual se capta a la perfección cuáles son las preferencias teóricas actuales de los historiadores sociales españoles (I: 221-229).

En la mayoría de los casos, los artículos de historiografía no son meros «balances». Precisamente uno de los rasgos más llamativos de estas actas es el intento de comprender determinados problemas de la historiografía actual huyendo de las imágenes estereotipadas y mostrando hasta qué punto está cargada de ambigüedades la terminología que los historiadores usan para referirse a las tendencias historiográficas actuales (Gonzalo Pasamar, III: 30):

Sobre el problema de la fragmentación y los cambios historiográficos de las últimas décadas, el Segundo Congreso intentó ofrecer explicaciones relativamente complejas (José A. Piqueras, I: 123-26; Carlos Barros, I: 154-55, 161; Hall S. Barron, I: 345-46; Chenntouf Tayeb, III: 103-105). También se ensayaron explicaciones del problema de por qué se ha producido en las últimas décadas un inusitado interés por el tema de «la memoria» (François Dosse, I: 80; Jacques Revel, I: 356-357). La influencia del postmodernismo sobre la historiografía centró la atención de un elevado número de autores, mucho más que en el Congreso de 1993. La mayoría de ellos se sintieron inclinados a rechazar el «relativismo» de las teorías de la postmodernidad, aunque juzgaron positivas las críticas a una visión lineal de la historia que suelen acompañar a dichas teorías (Juan M. Santana, II: 360). Sin embargo, lo más interesante es que algunos —desde luego no todos— consideraron que la presencia del postmodernismo en el mundo de los historiadores no podía tomarse simplemente como un axioma: no estaría claro que pudiera hablarse, sin más, de la existencia de una «historiografía postmoderna», aunque sí de influencias puntuales, vinieron a plantear Carlos Barros, Georg G. Iggers o Gonzalo Pasamar (II: 373-75, 381-82; III: 36).

En materia de epistemología de la historia, el Congreso reflejó a las claras los cambios acaecidos en los últimos veinticinco años, las críticas a las concepciones mecanicistas del principio de causalidad, a la filosofía analítica y a la «ilusión científicista». Por supuesto, también se rechazó el otro extremo: la «borrachera ficcional» (François Dosse, II: 309). De hecho, las apelaciones al «narrativismo» y a las tradiciones hermenéuticas fueron recurrentes, y los autores más ensalzados, Paul Ricoeur, Michel De Certeau, Henri I. Marrou, y Hans G. Gadamer. François Dosse, en concreto, ofreció un exhaustivo examen, y reivindicación, de las propuestas epistemológicas de los dos primeros, que presentó como manifestaciones privilegiadas de la presente «humanización de las ciencias humanas» (I: 86-88; II: 309).

Prácticamente ninguno de los intervinientes defendió las tesis radicales de Hayden White que consideran la historia un «discurso en prosa narrativa» similar a los géneros de ficción. Georg G. Iggers, que dedicó su ponencia a examinar la *Metahistory* del norteamericano, llamó la atención sobre la importancia que poseen los componentes retóricos entre los historiadores, pero rechazó la confusión entre historia y ficción que aparece en dicha obra (III: 125). Sin embargo, es necesario subrayar que en el Segundo Congreso no faltaron las referencias favorables al «postestructuralismo». Estuvo presente la idea de que «no existe una frontera clara entre el discurso de ficción y las diversas formas del relato histórico» (Antonio García de León, II: 342), y fue evocada la importancia de la crítica foucaultiana contra las tradicionales nociones «verdad *versus* falsedad» y «objetivo *versus* subjetivo» (Harbans Mukhia, II: 336). De hecho, uno de los intervinientes, Pedro A. Piedras, defendió la importancia de la llamada «metaficción historiográfica»; un género emparentado con la novela histórica, e influido por criterios de la crítica literaria postmoderna, que, por ejemplo, se halla representado por las novelas de Salman Rushdie (III: 129-136).

Otros de los rasgos más novedosos de estas actas es la importancia que se concede a la «filosofía interpretativa» de la historia, a las reflexiones los acontecimientos históricos de los años noventa y su repercusión sobre la concepción de la historia. En realidad, esta vertiente está expresamente planteada en el proyecto de «Historia a debate». La idea que se intenta transmitir en este foro es que los principales acontecimientos internacionales acaecidos en los años noventa y que han interesado o conmocionado a la opinión pública, no sólo han desacreditado las tesis de «el fin de la historia», sino que han tenido consecuencias de mayor alcance. Podría decirse que dichos acontecimientos han planteado la necesidad de repensar las relaciones entre «el pasado, el presente y el futuro», invitan igualmente a repensar la historia mundial, e, incluso, han sido los responsables del auge de algunos nuevos «paradigmas historiográficos». De ahí que en la ponencia del coordinador del Congreso no sólo se valore el efecto de la «globalización» sobre la «aceleración de la historia», sino que, además se extraigan algunas consecuencias relacionadas con la necesidad de un análisis crítico del propio fenómeno de la «globalización». Esas consecuencias son, sobre todo, la necesidad de replantear el concepto de «historia mundial» o «global», tema que ha irrumpido con fuerza entre los historiadores anglosajones y alemanes; la atención a la «historia inmediata», a la eclosión de perspectivas como la «historia ecológica» y la «historia postcolonial»: así como la necesidad de reintegrar algunos paradigmas de la «historia de las mujeres» a la historia general. Por lo mismo, eso explica la crítica que el coordinador realiza a la «microhistoria», entendida como alternativa a la «historia global», e incluso a «la falta de resultados del *tournant critique*» (Carlos Barros, I: 154, 161, 171-172).

En consonancia con estos planteamientos, en las actas podemos observar un notable interés por extraer consecuencias «teóricas» —relacionadas con conceptos y corrientes que se acaban de citar. La filosofía histórica de referencia es bastante plural y está marcada por muchos matices. Podemos hallar desde posiciones marxista-leninistas hasta la teoría del «campo de experiencia» y «horizonte de ex-

pectativa» del historiador y filósofo Reinhardt Koselleck, pasando por abundantes referencias a la «historia de la sociedad»:

Se halla varias veces presente la tesis de que el análisis crítico del fenómeno de la «globalización» es un punto de partida para repensar la historia. Reinaldo Rojas lo convierte en el centro de su intervención (III: 73-83). Por su parte, Carlos Navajas, en su trabajo, resalta la conveniencia de que los historiadores se sirvan de la «prospectiva», se interesen por el «futuro histórico» (I: 338-40); otra manera de reivindicar nuevos modos de ampliar el pensamiento histórico o pensar la historicidad. Particularmente indicativo es también el trabajo de Jerome Baschet. Allí intenta mostrar el autor de qué modo el surgimiento de un nuevo movimiento social como el de los zapatistas mexicanos (1994), caracterizado por un complejo imaginario histórico que auna tradiciones indígenas e ideas modernas, invita replantear el concepto de historia y desacredita completamente las teorías sobre «el fin de la historia» o el «presente perpetuo» (I: 305-16). Las nuevas perspectivas historiográficas que han irrumpido en los noventa, también se consideran apoyos para pensar la noción de la historia «mundial» o «global». Así, en el trabajo dedicado a la «historia ecológica», su autora afirma que «si este enfoque se emplea en el marco de la historia global, considero que es posible aspirar a un enriquecimiento y hasta una revisión del conocimiento histórico» (Micheline Cariño, I: 134).

La posición que ocupan las tesis de Fukuyama en estas actas, respecto a la que ocuparon en las de 1995, ha experimentado un cambio que no es ajeno a ese interés por la «historia mundial». En las actas del Primer Congreso, el examen de las implicaciones de la tesis de «el fin de la historia» fue uno de los temas centrales. Se intentaron examinar entonces, con cierto grado de equívoco, consecuencias en el terreno de las corrientes historiográficas —resonaban por aquellas fechas los ecos del libro de Josep Fontana *La Historia después del fin de la historia* (1992)—. En el Primer Congreso también se habló de las consecuencias de dichas tesis en el ámbito de las teorías sobre la historia (marxismo, funcionalismo, postmodernismo). En el Congreso de 1999, en cambio, las referencias a Fukuyama han experimentado un desplazamiento: de un lado, sus ideas se han convertido en una mera referencia, se han diluido; los autores apenas consideran necesario volver a recordarlas expresamente; pero por otro lado también se incorpora un estudio específico sobre el modo en que Fukuyama ha ido adaptando sus tesis dentro del género de la «Historia mundial», y sobre cómo se ha «desmarcado» del postmodernismo a lo largo de los años noventa (Israel Sanmartín, I: 199-212).

Para concluir esta reseña conviene hacer una referencia al interés de los organizadores por el problema del «compromiso» y el oficio del historiador. Dicho interés se refleja en una diversidad de apartados y temas: «el historiador, la ética y el compromiso social», «historia, empleo y relevo generacional», o la «enseñanza de la historia». Este último apartado, que fue uno de los más importantes, contó con la intervención de algunos de los más notables especialistas españoles, quienes hicieron un sugerente examen de los problemas actuales de la enseñanza de la historia, y se remontaron a la del siglo XIX (Pilar Maestro, II: 161-172).

El ensayo de Rafael Valls, en concreto, fue especialmente destacado ya que presentó una visión, inspirada por autores alemanes, enormemente desmitificadora, que se resume en la siguiente frase: «cualquier intento crítico de reformular la enseñanza de la historia debe navegar entre las ilusiones de los discursos (de la pedagogía y de la didáctica de la historia) y las rutinas de las aulas» (Rafael Valls, II: 176).

Gonzalo Pasamar

Alberto REIG TAPIA, *Memoria de la Guerra Civil. Los mitos de la tribu*, Madrid, Alianza Editorial, 1999.

Es un libro valiente. No oculta su compromiso, tanto con los perdedores de la guerra como con la memoria democrática que el autor considera que ha estado, durante largas y penosas décadas, relegada primero por los vencedores y luego por el pragmatismo de los recientes demócratas de nuestros días. Rotundamente, es un libro contra el olvido, y por eso es un trabajo imprescindible cuya lectura es justo recomendarla para que las sucesivas generaciones conozcan los sufrimientos que conllevó la dictadura de un general que, en nombre de España, ha dejado como dramático epígrafe para la historia el de la «era de Franco». Y esos sufrimientos fueron falseados por mitos que encubrían la realidad de otra España que estuvo exiliada, silenciada o directamente fusilada. Hay datos bien notorios al respecto: los vencedores conservan sus calles en bastantes ciudades y pueblos, sin ningún pudor por ese pasado totalitario con nombres incluso sangrientos como los de Mola, Yagüe o Queipo de Llano. Sin embargo, ni Alcalá Zamora, ni Azaña ni Negrín, por citar algunos, tienen idéntico derecho a esa forma de memoria colectiva. Pero quizás el mito de mayor arraigo y más peligrosa confusión para la memoria democrática radique en la sólida y extendida creencia de que la guerra civil fue inevitable. Aunque bastantes de los testigos y protagonistas de la propia guerra afirmen hoy que «se veía venir», no deja de ser una interpretación retrospectiva de la segunda república a partir del conocimiento de lo que ocurrió después.

En efecto, el profesor Reig Tapia niega el calificativo de «trágica» a la guerra civil, por lo que esa adjetivación significaba etimológicamente en el teatro griego como destino inevitable al que se caminaba de modo indefectible y en la dirección previamente conocida. En 1931, en plena euforia popular por las esperanzas abiertas con el gobierno republicano, sólo pequeños grupos de fanáticos pudieron adelantar una guerra que nada más que ellos mismos deseaban y preparaban. Por el contrario, con la democracia republicana sí que hubo, como era lógico, dramas, y ese factor de pugna, de desazón y angustia, siempre como parte de la libertad histórica, individual y colectiva, es el que nuestro autor prefiere manejar para definir lo que ocurrió a partir de la insurrección militar de 1936. Entonces se desató un drama en el que no cabe la disculpa de que «todos fuimos culpables», porque

El ensayo de Rafael Valls, en concreto, fue especialmente destacado ya que presentó una visión, inspirada por autores alemanes, enormemente desmitificadora, que se resume en la siguiente frase: «cualquier intento crítico de reformular la enseñanza de la historia debe navegar entre las ilusiones de los discursos (de la pedagogía y de la didáctica de la historia) y las rutinas de las aulas» (Rafael Valls, II: 176).

Gonzalo Pasamar

Alberto REIG TAPIA, *Memoria de la Guerra Civil. Los mitos de la tribu*, Madrid, Alianza Editorial, 1999.

Es un libro valiente. No oculta su compromiso, tanto con los perdedores de la guerra como con la memoria democrática que el autor considera que ha estado, durante largas y penosas décadas, relegada primero por los vencedores y luego por el pragmatismo de los recientes demócratas de nuestros días. Rotundamente, es un libro contra el olvido, y por eso es un trabajo imprescindible cuya lectura es justo recomendarla para que las sucesivas generaciones conozcan los sufrimientos que conllevó la dictadura de un general que, en nombre de España, ha dejado como dramático epígrafe para la historia el de la «era de Franco». Y esos sufrimientos fueron falseados por mitos que encubrían la realidad de otra España que estuvo exiliada, silenciada o directamente fusilada. Hay datos bien notorios al respecto: los vencedores conservan sus calles en bastantes ciudades y pueblos, sin ningún pudor por ese pasado totalitario con nombres incluso sangrientos como los de Mola, Yagüe o Queipo de Llano. Sin embargo, ni Alcalá Zamora, ni Azaña ni Negrín, por citar algunos, tienen idéntico derecho a esa forma de memoria colectiva. Pero quizás el mito de mayor arraigo y más peligrosa confusión para la memoria democrática radique en la sólida y extendida creencia de que la guerra civil fue inevitable. Aunque bastantes de los testigos y protagonistas de la propia guerra afirmen hoy que «se veía venir», no deja de ser una interpretación retrospectiva de la segunda república a partir del conocimiento de lo que ocurrió después.

En efecto, el profesor Reig Tapia niega el calificativo de «trágica» a la guerra civil, por lo que esa adjetivación significaba etimológicamente en el teatro griego como destino inevitable al que se caminaba de modo indefectible y en la dirección previamente conocida. En 1931, en plena euforia popular por las esperanzas abiertas con el gobierno republicano, sólo pequeños grupos de fanáticos pudieron adelantar una guerra que nada más que ellos mismos deseaban y preparaban. Por el contrario, con la democracia republicana sí que hubo, como era lógico, dramas, y ese factor de pugna, de desazón y angustia, siempre como parte de la libertad histórica, individual y colectiva, es el que nuestro autor prefiere manejar para definir lo que ocurrió a partir de la insurrección militar de 1936. Entonces se desató un drama en el que no cabe la disculpa de que «todos fuimos culpables», porque

ni cabe remontarse a los iberos para justificar tendencias cainitas, ni se puede prescindir tampoco del contexto internacional para comprender la prolongación bélica de ese pronunciamiento semifallido del 18 de julio por tropas en gran parte africanas. En cualquier caso, es justo explicar que también hubo posibilidades para la paz, porque el desencadenante de la guerra sólo fue el sector que se negó a aceptar a un gobierno democráticamente electo en las urnas y contra el que se sublevó sin más pretexto que la vana retórica de una posible revolución proletaria. Eso fue el desencadenante auténtico de la guerra civil: el pensamiento de unos sectores privilegiados que consideraron como única salida la eliminación del adversario político. Eliminación física, como se comprobó nada más realizarse la sublevación militar, en las semanas de fines de julio y primeros de agosto, en ciudades como Sevilla y Granada, por ejemplo. Las venganzas que hubo en el lado republicano no tienen parangón porque ni estaban programadas ni dejaron de ser una reacción a la ruptura violenta del orden constitucional provocada por los insurrectos.

En este sentido es ejemplar el capítulo que dedica Reig Tapia a uno de esos «mitos de la sangre», el de la plaza de toros de Badajoz, cuando las tropas del general Yagüe ametrallaron, desde las contrabarreras del toril, a más de mil personas encerradas en el albero de la plaza de toros, la mañana del 15 de agosto de 1936. Antes ya había cometido asesinatos en masa, al conquistar Llerena, Almodralejo o Talavera la Real. Esa fue la táctica de eliminación física practicada por los sublevados contra la democracia y contra un gobierno legalmente establecido. Por eso es importante la tarea que aborda Reig Tapia de desmontar las falsificaciones y justificaciones que desde la historiografía vencedora se ha vertido sobre tales sucesos, porque incluso los propios vencedores, aun exaltando la «ciega pasión del legionario», no tuvieron más remedio que reconocer que las gentes de Badajoz no asistieron con entusiasmo a los desfiles y manifestaciones organizadas posteriormente: «el susto no acaba de salirseles del cuerpo», explicaba el 22 de agosto de 1936 el nuevo comandante militar de Badajoz. Sin duda, el grito de «¡viva la muerte!» fue la consigna que, lanzada por Millán Astray, se hizo realidad y se transformó en miedo y silencio.

Por lo demás, el mito del asedio del Alcázar de Toledo es un ejemplo rotundo de persistencia de la propaganda montada por el franquismo en torno al resistente general Moscardó y su equiparación con la gesta de Guzmán *el Bueno*. En efecto, el hijo del general fue fusilado por los milicianos, pero no tras la conversación que mantuvieron padre e hijo el 23 de julio, cuando el jefe de las milicias trató de provocar la rendición del Alcázar con el chantaje de un hijo prisionero. Ni se oyó ningún disparo al teléfono, ni Moscardó pensaba que fueran capaces de fusilar a su hijo. Éste cayó fusilado en otro contexto, justo un mes más tarde, el 23 de agosto, en una represalia que organizaron los milicianos por los bombardeos que sufría la población toledana. Fue uno más entre otros presos. Pero no es esto lo más decisivo ahora, sino que todavía hoy se mantenga y se pueda visitar en la actual España democrática la conmemoración que en Toledo se conserva en honor del «heroico general» Moscardó, mientras persiste el silencio sobre los más de cuatrocientos fusilados por las tropas franquistas al conquistar la ciudad, con escenas tan inenarra-

bles como el fusilamiento de más de cien enfermos sobre sus propios camastros del Hospital Tavera, o el de veinte embarazadas que, sacadas de la Maternidad toledana, fueron ejecutadas en las tapias del cementerio municipal.

Por eso este libro es necesario, para destejer «los mitos de una tribu», y porque se extiende por igual a otros aspectos como el de ese Madrid, «capital de la gloria y del dolor», según para qué tribu. También aborda el significado de figuras como Pemán, intelectual orgánico por antonomasia de la dictadura, o desglosa el «laberinto de Unamuno» en aquellas circunstancias, para concluir que la vida no es posible sin memoria y que «mantener viva la memoria debería ser más digno de elogio que de crítica». Se trata de una tarea en la que no puede practicarse el artificio del reparto igualitario de culpas y pasiones por ambas partes, porque de un lado estaba la razón de la democracia que se construía, votación por votación, durante la República, y del otro lado estuvieron las sinrazones de quienes no sólo le negaron legitimidad a tal sistema sino que se lanzaron a eliminar físicamente a sus partidarios. En ese aspecto, el autor mantiene sin rodeos la utilidad social de la memoria histórica para organizar una convivencia democrática. Un libro, por tanto, comprometido con nuestro presente, como consta en sus páginas finales al esbozar los problemas actuales de la sociedad vasca.

Juan Sisinio Pérez Garzón